

des que aseguran el bien común de las personas y de los pueblos. Es de desear que la auténtica libertad religiosa sea concedida a todos en todo lugar; ya con este fin la Iglesia despliega su labor en los diferentes países, especialmente en los de mayoría católica, donde tiene un mayor peso. No se trata de un problema de religión de mayoría o de minoría, sino más bien de un derecho inalienable de toda persona humana.

Por otra parte, la Iglesia se dirige al hombre en el pleno respeto de su libertad. 64 La misión no coarta la libertad, sino más bien la favorece. *La Iglesia propone, no impone nada*: respeta las personas y las culturas, y se detiene ante el sagrado de la conciencia. A quienes se oponen con los pretextos más variados a la actividad misionera de la Iglesia, ella va repitiendo: *¡Abrid las puertas a Cristo!*

Me dirijo a todas las Iglesias particulares, jóvenes y antiguas. El mundo va unificándose cada vez más, el espíritu evangélico debe llevar a la superación de las barreras culturales y nacionalistas, evitando toda cerrazón. Benedicto XV ya amonestaba a los misioneros de su tiempo: que, nunca "olvidaran su dignidad personal, hasta el punto de pensar en su patria terrestre más que en la del cielo". 65 La misma amonestación vale hoy para las Iglesias particulares: *¡Abrid las puertas a los misioneros!*, ya que "una Iglesia particular que se desgajara voluntariamente de la Iglesia universal perdería su referencia al designio de Dios y se empobrece en su dimensión eclesial". 66

#### Dirigir la atención hacia el Sur y hacia el Oriente

40. La actividad misionera representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia. Mientras se aproxima el final del segundo milenio de la Redención, es cada vez más evidente que las gentes que todavía no han recibido el primer anuncio de Cristo son la mayoría de la humanidad. El balance de la actividad misionera en los tiempos modernos es ciertamente positivo: la Iglesia ha sido fundada en todos los continentes, es más, hoy la mayoría de los fieles y de las Iglesias particulares ya no están en la vieja Europa. En los continentes que los misioneros han abierto a la fe.

Sin embargo, se da el caso de que "los confines de la tierra", a los que debe llegar el Evangelio, se alejan cada vez más, y la sentencia de Tertuliano, según la cual "el Evangelio ha sido anunciado en toda la tierra y a todos los pueblos" 67 está muy lejos de su realización concreta: la misión *ad gentes* está todavía en los comienzos. Nuevos pueblos comparecen en la escena mundial y también ellos tienen el derecho a recibir el anuncio de la salvación. El crecimiento demográfico del Sur y de Oriente, en países no cristianos, hace aumentar continuamente el número de personas que ignoran la redención de Cristo.

Hay que dirigir, pues, la atención misionera hacia aquellas áreas geográficas y aquellos ambientes culturales que han quedado fuera del influjo evangélico. Todos los creyentes en Cristo deben sentir como parte integrante de su fe la solicitud apostólica de transmitir a otros su alegría y su luz. Esta solicitud debe convertirse, por así decirlo, en hambre y sed de dar a conocer al Señor, cuando se mira abiertamente hacia los inmensos horizontes del mundo no cristiano.

64. Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 3-4; PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi* 79-80; *I.c.*, 71-75; JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 12; *I.c.*, 278-281.

65. Cart. Ap. *Maximum illud*; *I.c.*, 446.

66. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 62; *I.c.*, 52.

67. Cf. *De praescriptione haereticorum*, XX; CCL I, 201 s.

#### V. LOS CAMINOS DE LA MISIÓN

41. "La actividad misionera es, en última instancia, la manifestación del propósito de Dios, o epifanía, y su realización en el mundo y en la historia, en la que Dios, por medio de la misión, perfecciona abiertamente la historia de la salvación". 68 ¿Qué camino sigue la Iglesia para conseguir este resultado?

La misión es una realidad unitaria, pero compleja y se desarrolla de diversas maneras, entre las cuales algunas son de particular importancia en la presente situación de la Iglesia y del mundo.

##### La primera forma de evangelización es el testimonio

42. El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; 69 cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión: Cristo, de cuya misión somos continuadores, es el "Testigo" por excelencia (Ap 1, 5; 3, 14) y el modelo del testimonio cristiano. El Espíritu Santo acompaña el camino de la Iglesia y la asocia al testimonio que él da de Cristo (cf. Jn 15, 26-27).

La primera forma de testimonio es la *vida misma del misionero, la de la familia cristiana y de la comunidad eclesial*, que hace visible un nuevo modo de comportarse. El misionero que, aun con todos los límites y defectos humanos, vive con sencillez según el modelo de Cristo, es un signo de Dios y de las realidades trascendentales. Pero todos en la Iglesia, esforzándose por imitar al divino Maestro, pueden y deben dar este testimonio, 70 que en muchos casos es el único modo posible de ser misioneros.

El testimonio evangélico, al que el mundo es más sensible, es el de la atención a las personas y el de la caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren. El gratuidad de esta actitud y de estas acciones, que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el Evangelio. Incluso el trabajar por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del Evangelio, si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre. 71

43. El cristiano y las comunidades cristianas viven profundamente insertados en la vida de sus pueblos respectivos y son signo del Evangelio incluso por la fidelidad a su patria, a su pueblo, a la cultura nacional, pero siempre con la libertad que Cristo ha traído. El cristianismo está abierto a la fraternidad universal, porque todos los hombres son hijos del mismo Padre y hermanos en Cristo.

La Iglesia está llamada a dar su testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes proféticas ante la corrupción del poder político o económico; no buscando

68. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 9; cf. nn. 10-18.

69. Cf. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 41; *I.c.*, 31-32.

70. Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 28. 35. 38; Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 43; Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 11-12.

71. Cf. PABLO VI, Enc. *Populorum progressio* (26 de marzo de 1967), 21. 42: AAS 59 (1967), pp. 267 s., 278.

la gloria o bienes materiales; usando sus bienes para el servicio de los más pobres e imitando la sencillez de vida de Cristo. La Iglesia y los misioneros deben dar también testimonio de humildad, ante todo en sí mismos, lo cual se traduce en la capacidad de un examen de conciencia, a nivel personal y comunitario, para corregir en los propios comportamientos lo que es antievangélico y desfigura el rostro de Cristo.

#### El primer anuncio de Cristo Salvador

44. El anuncio tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede substraerse al mandato explícito de Cristo; no puede privar a los hombres de la "Buena Nueva" de que son amados y salvados por Dios. "La evangelización también debe contener siempre —como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo— una clara proclamación de que en Jesucristo, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios". 72 Todas las formas de la actividad misionera están orientadas hacia esta proclamación que revela e introduce el misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo (cf. Ef 3, 3-9; Col 1, 25-29), el cual es el centro de la misión y de la vida de la Iglesia, como base de toda la evangelización.

En la compleja realidad de la misión, el primer anuncio tiene una función central e insustituible, porque introduce "en el misterio del amor de Dios, quien lo llama a iniciar una comunicación personal con él en Cristo" 73 y abre la vía para la conversión. La fe nace del anuncio, y toda comunidad eclesial tiene su origen y vida en la respuesta de cada fiel a este anuncio. 74 Como la economía salvífica está centrada en Cristo, así la actividad misionera tiende a la proclamación de su misterio.

El anuncio tiene por objeto a Cristo crucificado, muerto y resucitado: en él se realiza la plena y auténtica liberación del mal, del pecado y de la muerte; por él, Dios da la "nueva vida", divina y eterna. Esta es la "Buena Nueva" que cambia al hombre y la historia de la humanidad, y que todos los pueblos tienen el derecho a conocer. Este anuncio se hace en el contexto de la vida del hombre y de los pueblos que lo reciben. Debe hacerse además con una actitud de amor y de estima hacia quien escucha, con un lenguaje concreto y adaptado a las circunstancias. En este anuncio el Espíritu actúa e instaura una comunión entre el misionero y los oyentes, posible en la medida en que uno y otros entran en comunión, por Cristo, con el Padre. 75

45. Al hacerse en unión con toda la comunidad eclesial, el anuncio nunca es un hecho personal. El misionero está presente y actúa en virtud de un mandato recibido y, aunque se encuentre solo, está unido por vínculos invisibles, pero profundos, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. 76 Los oyentes, más pronto o más tarde, vislumbran a través de él la comunidad que lo ha enviado y lo sostiene.

El anuncio está animado por la fe, que suscita entusiasmo y fervor en el misionero. Como ya se ha dicho, los *Hechos de los Apóstoles* expresan esta actitud con la

palabra *parresía*, que significa hablar con franqueza y valentía; este término se encuentra también en san Pablo: "Confiados en nuestro Dios, tuvimos la valentía de predicar el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas" (1 Ts 2, 2). "Orando... también por mí, para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente como conviene" (Ef 6, 19-20).

Al anunciar a Cristo a los no cristianos, el misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza, de modo que el misionero no se desalienta ni desiste de su testimonio, incluso cuando es llamado a manifestar su fe en un ambiente hostil o indiferente. Sabe que el Espíritu del Padre habla en él (cf. Mt 10, 17-20; Lc 12, 11-12) y puede repetir con los Apóstoles: "Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo" (Hch 5, 32). Sabe que no anuncia una verdad humana, sino la "Palabra de Dios", la cual tiene una fuerza intrínseca y misteriosa (cf. Rm 1, 16).

La prueba suprema es el don de la vida, hasta aceptar la muerte para testimoniar la fe en Jesucristo. Como siempre en la historia cristiana, los "mártires" es decir, los testigos, son numerosos e indispensables para el camino del Evangelio. También en nuestra época hay muchos: obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, así como laicos; a veces héroes desconocidos que dan la vida como testimonio de la fe. Ellos son los anunciadores y los testigos por excelencia.

#### Conversión y bautismo

46. El anuncio de la Palabra de Dios tiende a la *conversión cristiana*, es decir, a la adhesión plena y sincera a Cristo y a su Evangelio mediante la fe. La conversión es un don de Dios, obra de la Trinidad; es el Espíritu que abre las puertas de los corazones, a fin de que los hombres puedan creer en el Señor y "confesarlo" (cf. 1 Co 12, 3). De quien se acerca a él por la fe, Jesús dice: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae" (Jn 6, 44).

La conversión se expresa desde el principio con una fe total y radical, que no pone límites ni obstáculos al don de Dios. Al mismo tiempo, sin embargo, determina un proceso dinámico y permanente que dura toda la existencia, exigiendo un esfuerzo continuo por pasar de la vida "según la carne" a la "vida según el Espíritu" (cf. Rm 8, 3-13). La conversión significa aceptar, con decisión personal, la soberanía de Cristo y hacerse discípulos suyos.

La Iglesia llama a todos a esta conversión, siguiendo el ejemplo de Juan Bautista que preparaba los caminos hacia Cristo, "proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados" (Mc 1, 4), y los caminos de Cristo mismo, el cual "después que Juan fue entregado, marchó... a Galilea y proclamaba la Buena Nueva de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; *convertíos* y creed en la Buena Nueva" (Mc 1, 14-15).

Hoy la llamada a la conversión, que los misioneros dirigen a los no cristianos, se pone en tela de juicio o pasa en silencio. Se ve en ella un acto de "proselitismo"; se dice que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a la propia religión; que basta formar comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad. Pero se olvida que toda persona tiene el derecho a escuchar la "Buena Nueva" de Dios que se revela y se da en Cristo, para

72. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 27: l.c., 23.

73. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 13.

74. Cf. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 15: l.c., 13-15; CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 13-14.

75. Cf. Enc. *Dominum et Vivificantem*, 42. 64: l.c., 857-859, 892-894.

76. Cf. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 60: l.c., 50-51.

realizar en plenitud la propia vocación. La grandeza de este acontecimiento resuena en las palabras de Jesús a la Samaritana: "Si conocieras el don de Dios" y en el deseo inconsciente, pero ardiente, de la mujer: "Señor, dame de ese agua, para que no tenga más sed" (Jn 4, 10. 15).

47. Los Apóstoles, movidos por el Espíritu Santo, invitaban a todos a cambiar de vida, a convertirse y a recibir el bautismo. Inmediatamente después del acontecimiento de Pentecostés, Pedro habla a la multitud de manera persuasiva: "Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás Apóstoles: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?" Pedro les contestó: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2, 37-38). Y bautizó aquel día cerca de tres mil personas. Pedro mismo, después de la curación del tullido, habla a la multitud y repite: "Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados" (Hch 3, 19).

La conversión a Cristo está relacionada con el bautismo, no sólo por la praxis de la Iglesia, sino por voluntad del mismo Cristo, que envió a hacer discípulos a todas las gentes y a bautizarlas (cf. Mt 28, 19); está relacionada también por la exigencia intrínseca de recibir la plenitud de la nueva vida en él: "En verdad, en verdad te digo: —dice Jesús a Nicodemo— el que no nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3, 5). En efecto, el bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios, nos une a Jesucristo y nos unge en el Espíritu Santo: no es un mero sello de la conversión, como un signo exterior que la demuestra y la certifica, sino que es un sacramento que significa y lleva a cabo este nuevo nacimiento por el Espíritu; instaura vínculos reales e inseparables con la Trinidad; hace miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Todo esto hay que recordarlo, porque no pocos, precisamente donde se desarrolla la misión *ad gentes*, tienden a separar la conversión a Cristo del bautismo, considerándolo como no necesario. Es verdad que en ciertos ambientes se advierten aspectos sociológicos relativos al bautismo que oscurecen su genuino significado de fe y su valor eclesial. Esto se debe a diversos factores históricos y culturales, que es necesario remover donde todavía subsisten, a fin de que el sacramento de la regeneración espiritual aparezca en todo su valor. A este cometido deben dedicarse las comunidades eclesiales locales. También es verdad que no pocas personas afirman que están interiormente comprometidas con Cristo y con su mensaje, pero no quieren estarlo sacramentalmente, porque, a causa de sus prejuicios o de las culpas de los cristianos, no llegan a percibir la verdadera naturaleza de la Iglesia, misterio de fe y de amor. 77 Deseo alentar, pues, a estas personas a abrirse plenamente a Cristo, recordándoles que, si sienten el atractivo de Cristo, él mismo ha querido a la Iglesia como "lugar" donde pueden encontrarlo realmente. Al mismo tiempo, invito a los fieles y a las comunidades cristianas a dar auténtico testimonio de Cristo con su nueva vida.

Ciertamente, cada convertido es un don hecho a la Iglesia y comporta una grave responsabilidad para ella, no sólo porque debe ser preparado para el bautismo con el catecumenado y continuar luego con la instrucción religiosa, sino porque, especialmente si es adulto, lleva consigo, como una energía nueva, el entusiasmo de la fe, el deseo de encontrar en la Iglesia el Evangelio vivido. Sería una desilusión para él, si después de ingresar en la comunidad eclesial encontrase en la misma una

77. Cf. CONC. ECUUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 6-9.

vida que carece de fervor y sin signos de renovación. No podemos predicar la conversión, si no nos convertimos nosotros mismos cada día.

### Formación de Iglesias locales

48. La conversión y el bautismo introducen en la Iglesia, donde ya existe, o requieren la constitución de nuevas comunidades que confiesen a Jesús Salvador y Señor. Esto forma parte del designio de Dios, al cual plugo "llamar a los hombres a participar de su vida no sólo individualmente, sin mutua conexión alguna entre ellos, sino constituirlos en un pueblo en el que sus hijos, que estaban dispersos, se congreguen en unidad". 78

La misión *ad gentes* tiene este objetivo: fundar comunidades cristianas, hacer crecer las Iglesias hasta su completa madurez. Esta es una meta central y específica de la actividad misionera, hasta el punto de que ésta no puede considerarse desarrollada, mientras no consiga edificar una nueva Iglesia particular, que funcione normalmente en el ambiente local. De esto habla ampliamente el decreto *Ad gentes*. 79 Después del Concilio se ha ido desarrollando una línea teológica para subrayar que todo el misterio de la Iglesia está contenido en cada Iglesia particular, con tal de que ésta no se aísle, sino que permanezca en comunión con la Iglesia universal y, a su vez, se haga misionera. Se trata de un trabajo considerable y largo, del cual es difícil indicar las etapas precisas, con las que se termina la acción propiamente misionera y se pasa a la actividad pastoral. No obstante, algunos puntos deben quedar claros.

49. Es necesario, ante todo, tratar de establecer en cada lugar comunidades cristianas que sean un "exponente de la presencia de Dios en el mundo" 80 y crezcan hasta llegar a ser Iglesias. A pesar del gran número de diócesis, existen todavía grandes áreas en que las Iglesias locales o no existen en absoluto o son insuficientes con respecto a la extensión del territorio y a la densidad y variedad de la población; queda por realizar un gran trabajo de implantación y desarrollo de la Iglesia. Esta fase de la historia eclesial, llamada *plantatio Ecclesiae*, no está terminada; es más, en muchos agrupamientos humanos debe empezar aún.

La responsabilidad de este cometido recae sobre la Iglesia universal y sobre las Iglesias particulares, sobre el pueblo de Dios entero y sobre todas las fuerzas misioneras. Cada Iglesia, incluso la formada por neoconvertidos, es misionera por naturaleza. Es evangelizada y evangelizadora, y la fe siempre debe ser presentada como un don de Dios para vivirlo en comunidad (familias, parroquias, asociaciones) y para irradiarlo fuera, sea con el testimonio de vida, sea con la palabra. La acción evangelizadora de la comunidad cristiana, primero en su propio territorio y luego en otras partes, como participación en la misión universal, es el signo más claro de madurez en la fe. Es necesaria una radical conversión de la mentalidad para hacerse misioneros, y esto vale tanto para las personas, como para las comunidades. El Señor llama siempre a salir de uno mismo, a compartir con los demás los bienes que tenemos, empezando por el más precioso que es la fe. A la luz de este imperativo misionero se deberá medir la validez de los organismos, movimientos, parro-

78. CONC. ECUUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 2; cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 9.

79. Cf. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 19-22.

80. CONC. ECUUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 15.

quias u obras de apostolado de la Iglesia. Sólo haciéndose misionera la comunidad cristiana podrá superar las divisiones y tensiones internas y recobrar su unidad y su vigor de fe.

Las fuerzas misioneras provenientes de otras Iglesias y países deben actuar en comunión con las Iglesias locales para el desarrollo de la comunidad cristiana. En particular, concierne a ellas —siguiendo siempre las directrices de los obispos y en colaboración con los responsables del lugar— promover la difusión de la fe y la expansión de la Iglesia en los ambientes y grupos no cristianos; y animar en sentido misionero a las Iglesias locales, de manera que la preocupación pastoral vaya unida siempre a la preocupación por la misión *ad gentes*. Cada Iglesia hará propia, entonces, la solicitud de Cristo, Buen Pastor, que se entrega a su grey y, al mismo tiempo, se preocupa de las "otras ovejas que no son de este redil" (Jn 10, 15).

50. Esta solicitud constituirá un motivo y un estímulo para una renovada acción ecuménica. Los vínculos existentes entre *actividad ecuménica* y *actividad misionera* hacen necesario considerar dos factores concomitantes. Por una parte se debe reconocer que "la división de los cristianos perjudica a la causa santísima de la predicación del Evangelio a toda criatura y cierra a muchos las puertas de la fe". 81 El hecho de que la Buena Nueva de la reconciliación sea predicada por los cristianos divididos entre sí debilita su testimonio, y por esto es urgente trabajar por la unidad de los cristianos, a fin de que la actividad misionera sea más incisiva. Al mismo tiempo, no debemos olvidar que los mismos esfuerzos por la unidad constituyen de por sí un signo de la obra de reconciliación que Dios realiza en medio de nosotros.

Por otra parte, es verdad que todos los que han recibido el bautismo en Cristo están en una cierta comunión entre sí, aunque no perfecta. Sobre esta base se funda la orientación dada por el Concilio: "En cuanto lo permitan las condiciones religiosas, promuévase la acción ecuménica de forma que, excluida toda especie tanto de indiferentismo y confusiónismo como de emulación insensata, los católicos colaboren fraternalmente con los hermanos separados, según las normas del Decreto sobre el Ecumenismo, mediante la profesión común, en cuanto sea posible, de la fe en Dios y en Jesucristo delante de las naciones y den vida a la cooperación en asuntos sociales y técnicos, culturales y religiosos". 82

La actividad ecuménica y el testimonio concorde de Jesucristo, por parte de los cristianos pertenecientes a diferentes Iglesias y comunidades eclesiales, ha dado ya abundantes frutos. Es cada vez más urgente que ellos colaboren y den testimonio unidos en este tiempo en el que sectas cristianas y paracristianas siembran confusión con su acción. La expansión de estas sectas constituye una amenaza para la Iglesia católica y para todas las comunidades eclesiales con las que ella mantiene un diálogo. Donde sea posible y según las circunstancias locales, la respuesta de los cristianos deberá ser también ecuménica.

#### Las "comunidades eclesiales de base" fuerza evangelizadora

51. Un fenómeno de rápida expansión en las jóvenes Iglesias, promovido, a veces por los obispos y sus Conferencias como opción prioritaria de la pastoral, lo constituyen las "comunidades eclesiales de base" (conocidas también con otros

nombres), que están dando prueba positiva como centros de formación cristiana y de irradiación misionera. Se trata de grupos de cristianos a nivel familiar o de ámbito restringido, los cuales se reúnen para la oración, la lectura de la Escritura, la catequesis, para compartir problemas humanos y eclesiales de cara a un compromiso común. Son un signo de vitalidad de la Iglesia, instrumento de formación y de evangelización, un punto de partida válido para una nueva sociedad fundada sobre la "civilización del amor".

Estas comunidades descentralizan y articulan la comunidad parroquial a la que permanecen siempre unidas, se enraizan en ambientes populares y rurales, convirtiéndose en fermento de vida cristiana, de atención a los últimos, de compromiso en pos de la transformación de la sociedad. En ellas cada cristiano hace una experiencia comunitaria, gracias a la cual también él se siente un elemento activo, estimulado a ofrecer su colaboración en las tareas de todos. De este modo, las mismas comunidades son instrumento de evangelización y de primer anuncio, así como fuente de nuevos ministerios, a la vez que, animadas por la caridad de Cristo, ofrecen también una orientación sobre el modo de superar divisiones, tribalismos y racismos.

En efecto, toda comunidad, para ser cristiana, debe formarse y vivir en Cristo, en la escucha de la Palabra de Dios, en la oración centrada en la Eucaristía, en la comunión expresada en la unión de corazones y espíritus, así como en el compartir según las necesidades de los miembros (cf. Hch 2, 42-47). Cada comunidad —recordaba Pablo VI— debe vivir unida a la Iglesia particular y universal, en sincera comunión con los pastores y el Magisterio, comprometida en la irradiación misionera y evitando toda forma de cerrazón y de instrumentalización ideológica. 83 Y el Sínodo de los obispos ha afirmado: "Porque la Iglesia es comunión, las así llamadas nuevas comunidades de base, si verdaderamente viven en la unidad con la Iglesia, son verdadera expresión de comunión e instrumento para edificar una comunión más profunda". Por ello, dan una gran esperanza para la vida de la Iglesia. 84

#### Encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos

52. Al desarrollar su actividad misionera entre las gentes, la Iglesia encuentra diversas culturas y se ve comprometida en el proceso de inculturación. Es ésta una exigencia que ha marcado todo su camino histórico, pero hoy es particularmente aguda y urgente.

El proceso de inserción de la Iglesia en las culturas de los pueblos requiere largo tiempo: no se trata de una mera adaptación externa, ya que la inculturación "significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas". 85. Es, pues, un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia. Pero es también un proceso difícil, porque no debe comprometer en ningún modo las características y la integridad de la fe cristiana.

Por medio de la inculturación la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma

81. *Ibid.*, 6.

82. *Ibid.*, 5; cf. Decr. *Unitatis redintegratio* sobre el ecumenismo, 3.

83. Cf. Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 58; *I.c.*, 46-49.

84. Asamblea extraordinaria del 1985, *Relación final*, II, C, 6.

85. *Ibid.*, II, D, 4.

comunidad; 86 transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro. 87 Por su parte, con la inculturación, la Iglesia se hace signo más comprensible de lo que es e instrumento más apto para la misión.

Gracias a esta acción en las Iglesias locales, la misma Iglesia universal se enriquece con expresiones y valores en los diferentes sectores de la vida cristiana, como la evangelización, el culto, la teología, la caridad; conoce y expresa aún mejor el misterio de Cristo, a la vez que es alentada a una continua renovación. Estos temas, presentes en el Concilio y en el Magisterio posterior, los he afrontado repetidas veces en mis visitas pastorales a las Iglesias jóvenes. 88

La inculturación es un camino lento que acompaña toda la vida misionera y requiere la aportación de los diversos colaboradores de la misión *ad gentes*, la de las comunidades cristianas a medida que se desarrollan, la de los pastores que tienen la responsabilidad de discernir y fomentar su actuación. 89

53. Los misioneros, provenientes de otras Iglesias y países, deben insertarse en el mundo sociocultural de aquellos a quienes son enviados, superando los condicionamientos del propio ambiente de origen. Así, deben aprender la lengua de la región donde trabajan, conocer las expresiones más significativas de aquella cultura, descubriendo sus valores por experiencia directa. Solamente con este conocimiento los misioneros podrán llevar a los pueblos de manera creíble y fructífera el conocimiento del misterio escondido (cf. *Rm* 16, 25-27; *Ef* 3, 5). Para ellos no se trata ciertamente de renegar a la propia identidad cultural, sino de comprender, apreciar, promover y evangelizar la del ambiente donde actúan y, por consiguiente, estar en condiciones de comunicar realmente con él, asumiendo un estilo de vida que sea signo de testimonio evangélico y de solidaridad con la gente.

Las comunidades eclesiales que se están formando, inspiradas en el Evangelio, podrán manifestar progresivamente la propia experiencia cristiana en manera y forma originales, conformes con las propias tradiciones culturales, con tal de que estén siempre en sintonía con las exigencias objetivas de la misma fe. A este respecto, especialmente en relación con los sectores de inculturación más delicados, las Iglesias particulares del mismo territorio deberán actuar en comunión entre sí 90 y con toda la Iglesia, convencidas de que sólo la atención tanto a la Iglesia universal como a las Iglesias particulares las harán capaces de traducir el tesoro de la fe en la legítima variedad de sus expresiones. 91 Por esto, los grupos evangelizados ofrecerán los elementos para una "traducción" del mensaje evangélico 92 teniendo presente

86. Cf. Exh. Ap. *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979), 53: AAS 71 (1979), 1320; Ep. Enc. *Slavorum apostoli* (2 de junio de 1985), 21: AAS 77 (1985), pp. 802 s.

87. Cf. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 20: *I.c.*, 18.

88. Cf. *Discurso* a los obispos de Zaire en Kinshasa, 3 de mayo de 1980, 4-6: AAS 72 (1980), 432-435; *Discurso* a los obispos de Kenia en Nairobi, 7 de mayo de 1980, 6: AAS 72 (1980), 497; *Discurso* a los obispos de la India en Delhi, 1 de febrero de 1986, 5: AAS 78 (1986), 748 s.; *Homilía* en Cartagena (Colombia), 6 de julio de 1986, 7-8: AAS 79 (1987), 105 s.; cf. también Ep. Enc. *Slavorum apostoli*, 21-22: *I.c.*, 802-804.

89. CONC. ECUM. VAT. II, *Decr. Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 22. 90. Cf. *ibid.*

91. Cf. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 64: *I.c.*, 55.

92. Las Iglesias particulares "tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden, y, después, de anunciarlo con ese mismo lenguaje. ... El lenguaje debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural" (*Ibid.*, 63: *I.c.*, 53).

las aportaciones positivas recibidas a través de los siglos gracias al contacto del cristianismo con las diversas culturas, sin olvidar los peligros de alteraciones que a veces se han verificado. 93

54. A este respecto, son fundamentales algunas indicaciones. La inculturación, en su recto proceso, debe estar dirigida por dos principios: "la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal". 94 Los obispos, guardianes del "depósito de la fe", se cuidarán de la fidelidad y, sobre todo, del discernimiento, 95 para lo cual es necesario un profundo equilibrio; en efecto, existe el riesgo de pasar acriticamente de una especie de alienación de la cultura a una supervaloración de la misma, que es un producto del hombre, en consecuencia, marcada por el pecado. También ella debe ser "purificada, elevada y perfeccionada". 96

Este proceso necesita una gradualidad, para que sea verdaderamente expresión de la experiencia cristiana de la comunidad: "Será necesaria una incubación del misterio cristiano en el seno de nuestro pueblo —decía Pablo VI en Kampala—, para que su voz nativa, más límpida y franca, se levante armoniosa en el coro de las voces de la Iglesia universal". 97 Finalmente, la inculturación debe implicar a todo el pueblo de Dios, no sólo a algunos expertos, ya que se sabe que el pueblo reflexiona sobre el genuino sentido de la fe que nunca conviene perder de vista. Esta inculturación debe ser dirigida y estimulada, pero no forzada, para no suscitar reacciones negativas en los cristianos: debe ser expresión de la vida comunitaria, es decir, debe madurar en el seno de la comunidad, y no ser fruto exclusivo de investigaciones eruditas. La salvaguardia de los valores tradicionales es efecto de una fe madura.

#### El diálogo con los hermanos de otras religiones

55. El diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones. En efecto, esta misión tiene como destinatarios a los hombres que no conocen a Cristo y su Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones. Dios llama a sí a todas las gentes en Cristo, queriendo comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor, y no deja de hacerse presente de muchas maneras, no sólo en cada individuo, sino también en los pueblos mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan "lagunas, insuficiencias y errores". 98 Todo ello ha sido subrayado ampliamente por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio posterior, defendiendo siempre que *la salvación viene de Cris-*

93. Cf. *Discurso* en la audiencia general del 13 de abril de 1988: *Insegnamenti* XI/1 (1988), 877-881.

94. Exh. Ap. *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981), 10, en la que se trata de la inculturación "en el ámbito del matrimonio y de la familia": AAS 74 (1982), 91.

95. Cf. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 63-65: *I.c.*, 53-56.

96. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 17.

97. *Discurso* a los participantes en el Simposio de los obispos de Africa, en Kampala, 31 de julio de 1969, 2: AAS 81 (1969), 577.

98. PABLO VI, *Discurso* en la apertura de la II sesión del Conc. ecum. Vat. II, 29 de septiembre de 1963: AAS 55 (1963), 858; cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decl. *Nostra aetate*, sobre

to y que el diálogo no dispensa de la evangelización. 99

A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión *ad gentes*. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables.

Recientemente he escrito a los obispos de Asia: "Aunque la Iglesia reconoce con gusto cuanto hay de verdadero y de santo en las tradiciones religiosas del budismo, del hinduismo y del islam —reflejos de aquella verdad que ilumina a todos los hombres—, sigue en pie su deber y su determinación de proclamar sin titubeos a Jesucristo, que es "el camino, la verdad y la vida". El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que él ha establecido, no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos". 100 En efecto, Cristo mismo, "al inculcar con palabras explícitas la necesidad de la fe y el bautismo... confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta". 101 El diálogo debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que la Iglesia es el camino ordinario de salvación y que sólo ella posee la plenitud de los medios de salvación. 102

56. El diálogo no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que "sopla donde quiere" (Jn 3, 8). 103 Con ello la Iglesia trata de descubrir las "semillas de la Palabra", 104 el "destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres", 105 semillas y destellos que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad. El diálogo se funda en la esperanza y la caridad, y dará frutos en el Espíritu. Las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia de hoy; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y a conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar la propia identidad y a testimoniar la integridad de la Revelación, de la que es depositaria para el bien de todos.

las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 2; Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 16; Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 9; PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 53: l.c., 41 s.

99. Cf. PABLO VI, Enc. *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964): AAS 56 (1964), 609-659; Conc. ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 11. 41; Secretariado para los no cristianos: La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones. Reflexión y orientaciones sobre diálogo y misión (4 septiembre de 1984): AAS 76 (1984), 816-828.

100 Carta a los obispos de Asia con ocasión de la V Asamblea plenaria de la Federación de sus Conferencias episcopales (23 de junio de 1990), 4: *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española, 19 de agosto de 1990.

101. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium* sobre la Iglesia, 14; cf. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 7.

102. Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 3; Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 7.

103. Cf. Enc. *Redemptor hominis*, 12: l.c., 279.

104. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia 11. 15.

105. CONC. ECUM. VAT. II, Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 2.

De aquí deriva el espíritu que debe animar este diálogo en el ámbito de la misión. El interlocutor debe ser coherente con las propias tradiciones y convicciones religiosas y abierto para comprender las del otro, sin disimular o cerrarse, sino con una actitud de verdad, humildad y lealtad, sabiendo que el diálogo puede enriquecer a cada uno. No debe darse ningún tipo de abdicación ni de irenismo, sino el testimonio recíproco para un progreso común en el camino de búsqueda y experiencia religiosa y, al mismo tiempo, para superar prejuicios, intolerancias y malentendidos. El diálogo tiende a la purificación y conversión interior que, si se alcanza con docilidad al Espíritu, será espiritualmente fructífero.

57. Un vasto campo se le abre al diálogo, pudiendo asumir múltiples formas y expresiones, desde los intercambios entre expertos de las tradiciones religiosas o representantes oficiales de las mismas, hasta la colaboración para el desarrollo integral y la salvaguardia de los valores religiosos; desde la comunicación de las respectivas experiencias espirituales hasta el llamado "diálogo de vida", por el cual los creyentes de las diversas religiones atestiguan unos a otros en la existencia cotidiana los propios valores humanos y espirituales, y se ayudan a vivirlos para edificar una sociedad más justa y fraterna.

Todos los fieles y las comunidades cristianas están llamados a practicar el diálogo, aunque no al mismo nivel y de la misma forma. Para ello es indispensable la aportación de los laicos que "con el ejemplo de su vida y con la propia acción, pueden favorecer la mejora de las relaciones entre los seguidores de las diversas religiones", 106 mientras algunos de ellos podrán también ofrecer una aportación de búsqueda y de estudio. 107

Sabiendo que no pocos misioneros y comunidades cristianas encuentran en ese camino difícil y a menudo incomprensible del diálogo la única manera de dar sincero testimonio de Cristo y un generoso servicio al hombre, deseo alentarlos a perseverar con fe y caridad, incluso allí donde sus esfuerzos no encuentran acogida y respuesta. El diálogo es un camino para el Reino y seguramente dará sus frutos, aunque los tiempos y momentos los tiene fijados el Padre (cf. *Hch* 1, 7).

#### Promover el desarrollo, educando las conciencias

58. La misión *ad gentes* se despliega aun hoy día, mayormente en aquellas regiones del Sur del mundo donde es más urgente la acción para el desarrollo integral y la liberación de toda opresión. La Iglesia siempre ha sabido suscitar, en las poblaciones que ha evangelizado, un impulso hacia el progreso, y ahora mismo los misioneros, más que en el pasado, son conocidos también como *promotores de desarrollo* por gobiernos y expertos internacionales, los cuales se maravillan del hecho de que se consigan notables resultados con escasos medios.

En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* he afirmado que "la Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer al problema del subdesarrollo en cuanto tal", sino que "da su primera contribución a la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre, aplicándola a una situación concreta". 108 La Conferencia de los obispos latinoamericanos en

106. Exh. Ap. postsinodal *Christifideles laici*, 35: l.c., 458.

107. Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 11.

108. Enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 de diciembre de 1987), 41: AAS 80 (1988), 570 s.

Puebla afirmó que "el mejor servicio al hermano es la evangelización, que lo prepara a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente". 109 La misión de la Iglesia no es actuar directamente en el plano económico, técnico, político o contribuir materialmente al desarrollo, sino que consiste esencialmente en ofrecer a los pueblos no un "tener más", sino un "ser más", despertando las conciencias con el Evangelio. El desarrollo humano auténtico debe echar sus raíces en una evangelización cada vez más profunda". 110

La Iglesia y los misioneros son también promotores de desarrollo con sus escuelas, hospitales, tipografías, universidades, granjas agrícolas experimentales. Pero el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente ni del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. *Es el hombre el protagonista del desarrollo*, no el dinero ni la técnica. La Iglesia educa las conciencias revelando a los pueblos al Dios que buscan, pero que no conocen; la grandeza del hombre creado a imagen de Dios y amado por él; la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios; el dominio sobre la naturaleza creada y puesta al servicio del hombre; el deber de trabajar para el desarrollo del hombre entero y de todos los hombres.

59. Con el mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad: ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del reino de paz y de justicia, a partir ya de esta vida. Es la perspectiva bíblica de los "nuevos cielos y nueva tierra" (cf. *Is* 65, 17; *2 P* 3, 13; *Ap* 21, 1), la que ha introducido en la historia el estímulo y la meta para el progreso de la humanidad. El desarrollo del hombre viene de Dios, del modelo de Jesús Dios y hombre, y debe llevar a Dios. 111 He ahí por qué entre el anuncio evangélico y promoción del hombre hay una estrecha conexión.

La aportación de la Iglesia y de su obra evangelizadora al desarrollo de los pueblos abarca no sólo el Sur del mundo, para combatir la miseria y el subdesarrollo, sino también el Norte, que está expuesto a la miseria moral y espiritual causada por el "superdesarrollo". 112. Una cierta modernidad arreglosa, dominante en algunas partes del mundo, se basa sobre la idea de que, para hacer al hombre más hombre, baste enriquecerse y perseguir el crecimiento técnicoeconómico. Pero un desarrollo sin alma no puede bastar al hombre, y el exceso de opulencia es nocivo para él como lo es el exceso de pobreza. El Norte del mundo ha construido un "modelo de desarrollo" y lo difunde en el Sur, donde el espíritu religioso y los valores humanos, allí presentes, corren el riesgo de ser inundados por la ola del consumismo.

"Contra el hambre, cambia la vida" es el lema surgido en ambientes eclesiales, que indica a los pueblos ricos el camino para convertirse en hermanos de los po-

109. Documentos de la III Conferencia general del Episcopado latinoamericano en Puebla, México, (1979), 3760 (1145).

110. Discurso a los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, en Yakarta, Indonesia, 10 de octubre de 1989, 5: *L'Observatore Romano*, ed. en lengua española, 22 de octubre de 1989.

111. Cf. PABLO VI, Enc. *Populorum progressio*, 14-21; 40-42: *I.c.*, 264-268, 277 s.; JUAN PABLO II, Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 27-41: *I.c.*, 547-572.

112. Cf. Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 28: *I.c.*, 548-550.

bres; es necesario volver a una vida más austera que favorezca un nuevo modelo de desarrollo, atento a los valores éticos y religiosos. La actividad misionera lleva a los pobres luz y aliento para un verdadero desarrollo, mientras que la *nueva evangelización* debe crear en los ricos, entre otras cosas, la conciencia de que ha llegado el momento de hacerse realmente hermanos de los pobres en la común conversión hacia el "desarrollo integral", abierto al Absoluto. 113

#### La caridad, fuente y criterio de la misión

60. "La Iglesia en todo el mundo —dije en mi primera visita pastoral al Brasil— quiere ser la Iglesia de los pobres. . . quiere extraer toda la verdad contenida en las bienaventuranzas de Cristo y sobre todo en esta primera: "Bienaventurados los pobres de espíritu. . .". Quiere enseñar esta verdad y quiere ponerla en práctica, igual que Jesús vino a hacer y enseñar". 114

Las jóvenes Iglesias que en su mayoría viven entre pueblos afligidos por una pobreza muy difundida, expresan a menudo esta preocupación como parte integrante de su misión. La III Conferencia general del episcopado latinoamericano en Puebla, después de haber recordado el ejemplo de Jesús, escribe que "los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso, Dios toma su defensa y los ama. Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús". 115

Fiel al espíritu de las bienaventuranzas, la Iglesia está llamada a compartir con los pobres y los oprimidos de todo tipo. Por esto, exhorto a todos los discípulos de Cristo y a las comunidades cristianas, desde las familias a las diócesis, desde las parroquias a los institutos religiosos, a hacer una sincera revisión de la propia vida en el sentido de la solidaridad con los pobres. Al mismo tiempo, doy gracias a los misioneros quienes, con su presencia amorosa y su humilde servicio, trabajan por el desarrollo integral de la persona y de la sociedad por medio de escuelas, centros sanitarios, leproserías, casas de asistencia para minusválidos y ancianos, iniciativas para la promoción de la mujer y otras similares. Doy gracias a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas y a los laicos por su entrega. También aliento a los voluntarios de organizaciones no gubernamentales, cada día más numerosos, los cuales se dedican a estas obras de caridad y de promoción humana.

En efecto, son estas numerosas "obras de caridad" las que atestiguan el espíritu de toda la actividad misionera: *El amor*, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también "el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno". 116

113. Cf. *ibid.*, cap. IV, 27-34: *I.c.*, 547-560; PABLO VI, Enc. *Populorum progressio*, 19-21. 41-42: *I.c.*, 266-268, 277 s.

114. Discurso a los habitantes de la "Favela Vidigal" en Río de Janeiro, 2 de julio de 1980, 4: AAS 72 (1980), 854.

115. Documentos de la III Conferencia general del Episcopado latinoamericano en Puebla, México, 3757 (1142).

116. ISAAC DE STELLA, *Sermón* 31: PL 194, 1793.

## VI. RESPONSABLES Y AGENTES DE LA PASTORAL MISIONERA

61. No se da testimonio sin testigos, como no existe misión sin misioneros. Para que colaboren en su misión y continúen su obra salvífica, Jesús escoge y envía a unas personas como testigos suyos y Apóstoles: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8).

Los Doce son los primeros agentes de la misión universal: constituyen un "sujeto colegial" de la misión, al haber sido escogidos por Jesús para estar con él y ser enviados "a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt 10, 6). Esta colegialidad no impide que en el grupo se distingan figuras singularmente, como Santiago, Juan y, por encima de todos, Pedro, cuya persona asume tanto relieve que justifica la expresión: "Pedro y los demás Apóstoles" (Hch 2, 14. 37). Gracias a él se abren los horizontes de la misión universal en la que posteriormente destacará Pablo, quien por voluntad divina fue llamado y enviado a los gentiles (cf. Ga 1, 15-16).

En la expansión misionera de los orígenes, junto a los Apóstoles encontramos a otros agentes menos conocidos que no deben olvidarse: son personas, grupos, comunidades. Un típico ejemplo de Iglesia local es la comunidad de Antioquía que, de evangelizada, pasa a ser evangelizadora y envía sus misioneros a los gentiles (cf. Hch 13, 2-3). La Iglesia primitiva vive la misión como tarea comunitaria, aun reconociendo en su seno a "enviados especiales" o "misioneros consagrados a los gentiles", como lo son Pablo y Bernabé.

62. Lo que se hizo al principio del cristianismo para la misión universal, también sigue siendo válido y urgente hoy. La Iglesia es misionera por su propia naturaleza, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia. Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes. Las mismas Iglesias más jóvenes, precisamente "para que ese celo misionero florezca en los miembros de su patria", deben participar "cuanto antes y de hecho en la misión universal de la Iglesia, enviando también ellas misioneros a predicar por todas las partes del mundo el Evangelio, aunque sufran escasez de clero". 117 Muchas ya actúan así, y yo las aliento vivamente a continuar.

En este vínculo esencial de comunión entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares se desarrolla la auténtica y plena condición misionera. "En un mundo que, con la desaparición de las distancias, se hace cada vez más pequeño, las comunidades eclesiales deben relacionarse entre sí, intercambiarse energías y medios, comprometerse aunadamente en la única y común misión de anunciar y de vivir el Evangelio... Las llamadas Iglesias más jóvenes... necesitan la fuerza de las antiguas, mientras que éstas tienen necesidad del testimonio y del empuje de las más jóvenes, de tal modo que cada Iglesia se beneficie de las riquezas de las otras Iglesias". 118

## Los primeros responsables de la actividad misionera

63. Así como el Señor resucitado confirió al Colegio apostólico encabezado por Pedro el mandato de la misión universal, así esta responsabilidad incumbe al Colegio episcopal encabezado por el Sucesor de Pedro. 119 Consciente de esta responsa-

117. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 20.

118. Exh. Ap. *postsinodal Christifideles laici*, 35: l.c., 458.

119. Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 38.

bilidad, en los encuentros con los obispos siento el deber de compartirla, con miras tanto a la nueva evangelización como a la misión universal. Me he puesto en marcha por los caminos del mundo "para anunciar el Evangelio, para "confirmar a los hermanos" en la fe, para consolar a la Iglesia, para encontrar al hombre. Son viajes de fe... Son otras tantas ocasiones de catequesis itinerante, de anuncio evangélico para la prolongación, en todas las latitudes, del Evangelio y del Magisterio apostólico dilatado a las actuales esferas planetarias". 120

Mis hermanos obispos son directamente responsables conmigo de la evangelización del mundo, ya sea como miembros del Colegio episcopal, ya sea como pastores de las Iglesias particulares. El Concilio Vaticano II dice al respecto: "El cuidado de anunciar el Evangelio en todo el mundo pertenece al Cuerpo de los pastores, ya que a todos ellos, en común, dio Cristo el mandato". 121 El Concilio afirma también que los obispos "han sido consagrados no sólo para la salvación de su diócesis sino de todo el mundo". 122 Esta responsabilidad colegial tiene consecuencias prácticas. Así mismo, "el Sínodo de los Obispos... entre los asuntos de importancia general, había de considerar especialmente la actividad misionera, deber supremo y santísimo de la Iglesia". 123 La misma responsabilidad se refleja, en diversa medida en las Conferencias Episcopales y en sus organismos a nivel continental, que por ello tienen que ofrecer su propia contribución a la causa misionera. 124

Amplio es también el deber misionero de cada obispo, como pastor de una Iglesia particular. Compete a él, "como rector y centro de unidad en el apostolado diocesano, promover, dirigir y coordinar la actividad misionera... Procure, además, que la actividad apostólica no se limite sólo a los convertidos, sino que se destine una parte conveniente de operarios y de recursos a la evangelización de los no cristianos". 125

64. Toda Iglesia particular debe abrirse generosamente a las necesidades de las demás. La colaboración entre las Iglesias, por medio de una reciprocidad real que las prepare a dar y a recibir, es también fuente de enriquecimiento para todas y abarca varios sectores de la vida eclesial. A este respecto, es ejemplar la declaración de los obispos en Puebla: "Finalmente, ha llegado para América Latina la hora... de proyectarse más allá de sus propias fronteras, *ad gentes*. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero debemos dar desde nuestra pobreza". 126

Con este espíritu invito a los obispos y a las Conferencias episcopales a poner generosamente en práctica todo lo que ha sido previsto en las *Normas directivas*, que la Congregación para el clero emanó para la colaboración entre las Iglesias particulares y, especialmente, para la mejor distribución del clero en el mundo. 127

120. *Discurso* a los cardenales y a los colaboradores de la Curia romana, de la Ciudad del Vaticano y del Vicariato de Roma, 28 de junio de 1980, *Insegnamenti* III/1 (1980), 1887.

121. Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 23.

122. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 38.

123. *Ibid.*, 29.

124. Cf. *Ibid.*, 38.

125. *Ibid.*, 30.

126. *Documentos* de la Conferencia general del Episcopado latinoamericano en Puebla, México, 2941 (368).

127. Cf. *Normas directivas* para la colaboración de las Iglesias particulares y especialmente para una mejor distribución del clero en el mundo, *Postquam Apostoli* (25 de marzo de 1980): AAS 72 (1980), 343-364.

La misión de la Iglesia es más vasta que la "comunidad entre las Iglesias": ésta, además de la ayuda para la nueva evangelización, debe tener sobre todo una orientación con miras a la específica índole misionera. Hago una llamada a todas las Iglesias, jóvenes y antiguas, para que compartan esta preocupación conmigo, favoreciendo el incremento de las vocaciones misioneras y tratando de superar las diversas dificultades.

#### Misioneros e institutos "ad gentes"

65. Entre los agentes de la pastoral misionera, ocupan aún hoy, como en el pasado, un puesto de fundamental importancia aquellas personas e instituciones a las que el decreto *Ad gentes* dedica el capítulo del título: "Los misioneros". 128 A este respecto, se impone ante todo una profunda reflexión, para los misioneros mismos, que debido a los cambios de la misión pueden sentirse inclinados a no comprender ya el sentido de su vocación, a no saber ya qué espera precisamente hoy de ellos la Iglesia.

Punto de referencia son estas palabras del Concilio: "Aunque a todo discípulo de Cristo incumbe la tarea de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere, para que lo acompañen y para enviarlos a predicar a las gentes. Por lo cual, por medio del Espíritu Santo, que distribuye los carismas según quiere para común utilidad, inspira la vocación misionera en el corazón de cada uno y suscita al mismo tiempo en la Iglesia institutos que asuman como misión propia el deber de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia". 129

Se trata, pues, de una "vocación especial", que tiene como modelo la de los Apóstoles: se manifiesta en el compromiso total al servicio de la evangelización; se trata de una entrega que abarca a toda la persona y toda la vida del misionero, exigiendo de él una donación sin límite de fuerzas y de tiempo. Quienes están dotados de tal vocación, "enviados por la autoridad legítima, se dirigen por la fe y obediencia a los que están alejados de Cristo, segregados para la obra a que han sido llamados, como ministros del Evangelio". 130 Los misioneros deben meditar siempre sobre la correspondencia que requiere el don recibido por ellos y ponerse al día en lo relativo a su formación doctrinal y apostólica.

66. Los instrumentos misioneros, pues, deben emplear todos los recursos necesarios, poniendo a disposición su experiencia y creatividad con fidelidad al carisma originario, para preparar adecuadamente a los candidatos y asegurar el relevo de las energías espirituales, morales y físicas de sus miembros. 131 Que éstos se sientan parte activa de la comunidad eclesial y que actúen en comunión con la misma. De hecho, "todos los institutos religiosos han nacido por la Iglesia y para ella; obligación de los mismos es enriquecerla con sus propias características en conformidad con su espíritu peculiar y su misión específica" y los mismos obispos son custodios de esta fidelidad al carisma originario. 132

128. Cf. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 23-27.

129. *Ibid.*, 23.

130. *Ibid.*

131. Cf. *Ibid.*, 23, 27.

132. Cf. S. CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS Y LOS INSTITUTOS SEculares y S. CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, Criterios para la relación entre los obispos y los religiosos en la Iglesia, *Mutuae relationes* (14 de mayo de 1978), 14 b: AAS 70 (1978), 482; cf. 28: *I.c.*, 490.

Los institutos misioneros generalmente han nacido en las Iglesias de antigua cristiandad e históricamente han sido instrumentos de la Congregación de *Propaganda Fide* para la difusión de la fe y la fundación de nuevas Iglesias. Ellos acogen hoy de manera creciente candidatos provenientes de las jóvenes Iglesias que han fundado, mientras nuevos institutos han surgido precisamente en los países que antes recibían solamente misioneros y que hoy los envían. Es de alabar esta doble tendencia que demuestra la validez y la actualidad de la vocación misionera específica de estos institutos, que todavía "continúan siendo muy necesarios", 133 no sólo para la actividad misionera *ad gentes*, como es su tradición, sino también para la animación misionera tanto en las Iglesias de antigua cristiandad, como en las más jóvenes.

La vocación especial de los misioneros *ad vitam* conserva toda su validez: representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que siempre necesita donaciones radicales y totales, impulsos nuevos y valientes. Que los misioneros y misioneras, que han consagrado toda la vida para dar testimonio del Resucitado entre las gentes, no se dejen atemorizar por dudas, incomprensiones, rechazos, persecuciones. Aviven la gracia de su carisma específico y emprendan de nuevo con valentía su camino, prefiriendo —con espíritu de fe, obediencia y comunión con los propios pastores— los lugares más humildes y difíciles.

#### Sacerdotes diocesanos para la misión universal

67. Colaboradores del obispo, los presbíteros, en virtud del sacramento del orden, están llamados a compartir la solicitud por la misión: "El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación "hasta los confines de la tierra", pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles". 134 Por esto, la misma formación de los candidatos al sacerdocio debe tender a darles "un espíritu genuinamente católico que les habitúe a mirar más allá de los límites de la propia diócesis, nación, rito, y lanzarse en ayuda de las necesidades de toda la Iglesia con ánimo dispuesto para predicar el Evangelio en todas partes". 135 Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, "atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera.

Especialmente los sacerdotes que se encuentran en áreas de minoría cristiana deben sentirse movidos por un celo especial y el compromiso misionero. El Señor les confía no sólo el cuidado pastoral de la comunidad cristiana, sino también y sobre todo la evangelización de sus compatriotas que no forman parte de su grey. Los sacerdotes "no dejarán además de estar concretamente disponibles al Espíritu Santo y al obispo, para ser enviados a predicar el Evangelio más allá de los confines del propio país. Esto exigirá en ellos no sólo madurez en la vocación, sino también

133. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 27.

134. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, 10; cf. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 39.

135. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal, 20; cf. "Guide de vie pastoral pour les prêtres diocésains des Eglises qui dépendent de la Congrégation pour l'Évangélisation des Peuples", Roma, 1989.

una capacidad no común de desprendimiento de la propia patria, grupo étnico y familia, y una particular idoneidad para insertarse en otras culturas, con inteligencia y respeto". 136

68. En la encíclica *Fidei donum*, Pío XII, con intuición profética, alentó a los obispos a ofrecer algunos de sus sacerdotes para un servicio temporal a las Iglesias de África, aprobando las iniciativas ya existentes al respecto. A veinticinco años de distancia, quise subrayar la gran novedad de aquel documento, que ha hecho superar "la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia". 137 Hoy se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia; en efecto, los presbíteros llamados *Fidei donum* ponen en evidencia de manera singular el vínculo de comunión entre las Iglesias, ofrecen una aportación valiosa al crecimiento de comunidades eclesiales necesitadas, mientras encuentran en ellas frescor y vitalidad de fe. Es necesario, ciertamente, que el servicio misionero del sacerdote diocesano responda a algunos criterios y condiciones. Se deben enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera. 138 Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia que los recibe con ánimo abierto y fraterno, y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del obispo. 139 Mi deseo es que el espíritu de servicio aumente en el presbiterio de las Iglesias antiguas y que sea promovido en el presbiterio de las Iglesias más jóvenes.

#### Fecundidad misionera de la consagración

69. En la inagotable y multiforme riqueza del Espíritu se sitúan las vocaciones de los *institutos de vida consagrada*, cuyos miembros, "dado que por su misma consagración se dedican al servicio de la Iglesia... están obligados a contribuir de modo especial a la tarea misional, según el modo propio de su instituto". 140 La historia da testimonio de los grandes méritos de las familias religiosas en la propagación de la fe y en la formación de nuevas Iglesias: desde las antiguas instituciones monásticas, las órdenes medievales y hasta las congregaciones modernas.

a) Siguiendo el Concilio, invoco a los *institutos de vida contemplativa* a establecer comunidades en las jóvenes Iglesias, para dar "preclaro testimonio entre los los no cristianos de la majestad y de la caridad de Dios, así como de unión en Cristo". 141 Esta presencia es beneficiosa por doquiera en el mundo no cristiano, especialmente en aquellas regiones donde las religiones tienen en gran estima la vida contemplativa por medio de la ascesis y la búsqueda del Absoluto.

136. Discurso a los participantes en la plenaria de la Congregación para la evangelización de los pueblos, 14 de abril de 1989, 4: AAS (1989), 1140.

137. Mensaje para la Jornada misionera mundial de 1982: *Insegnamenti V/2* (1982), 1879.

138. Cf. CONC. ECUUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 38: S. CONGREGACION PARA EL CLERO, Normas directivas *Postquam Apostoli*, 24-25: I.c., 361.

139. Cf. S. CONGREGACION PARA EL CLERO, Normas directivas *Postquam Apostoli*, 29: I.c., 362 s.; CONC. ECUUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 20.

140. C.I.C., can. 783.

141. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 40.

b) A los *institutos de vida activa* indico los inmensos espacios para la caridad, el anuncio evangélico, la educación cristiana, la cultura y la solidaridad con los pobres, los discriminados, los marginados y oprimidos. Estos institutos, persigan o no un fin estrictamente misionero, se deben plantear la posibilidad y disponibilidad a extender su propia actividad para la expansión del reino de Dios. Esta petición ha sido acogida en tiempos más recientes por no pocos institutos, pero quisiera que se considerase mejor y se actuase con vistas a un auténtico servicio. La Iglesia debe dar a conocer los grandes valores evangélicos de que es portadora; y nadie los atestigua más eficazmente que quienes hacen profesión de vida consagrada en la castidad, pobreza y obediencia, con una donación total a Dios y con plena disponibilidad a servir al hombre y a la sociedad, siguiendo el ejemplo de Cristo. 142

70. Quiero dirigir unas palabras de especial gratitud a las religiosas misioneras, en quienes la virginidad por el Reino se traduce en múltiples frutos de maternidad según el espíritu. Precisamente la misión *ad gentes* les ofrece un campo vastísimo para "entregarse por amor de un modo total e indiviso". 143 El ejemplo y la laboriosidad de la mujer virgen, consagrada a la caridad hacia Dios y el prójimo, especialmente el más pobre, son indispensables como signo evangélico entre aquellos pueblos y culturas en que la mujer debe realizar todavía un largo camino en orden a su promoción humana y a su liberación. Es de desear que muchas jóvenes mujeres cristianas sientan el atractivo de entregarse a Cristo con generosidad, encontrando en su consagración la fuerza y la alegría para dar testimonio de él entre los pueblos que aún no lo conocen.

#### Todos los laicos son misioneros en virtud del bautismo

71. Los Pontífices de la época más reciente han insistido mucho sobre la importancia del papel de los laicos en la actividad misionera. 144 En la exhortación apostólica *Christifideles laici*, también yo me he ocupado explícitamente de la "perenne misión de llevar el Evangelio a cuantos —y son millones y millones de hombres y mujeres— no conocen todavía a Cristo redentor del hombre", 145 y de la correspondiente responsabilidad de los fieles laicos. La misión es de todo el pueblo de Dios: aunque la fundación de una nueva Iglesia requiere la Eucaristía y, consiguientemente, el ministerio sacerdotal, sin embargo la misión, que se desarrolla de diversas formas, es tarea de todos los fieles.

La participación de los laicos en la expansión de la fe aparece claramente, desde los primeros tiempos del cristianismo, por obra de los fieles y familias, y también de toda la comunidad. Esto lo recordaba ya el Papa Pío XII, refiriéndose a las vicitudes de las misiones, en la primera encíclica misionera sobre la historia de las misiones laicales. 146 En los tiempos modernos no ha faltado la participación activa de los misioneros laicos y de las misioneras laicas. ¿Cómo no recordar el importan-

142. Cf. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 69: I.c., 58 s.

143. Cart. Ap. *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1988), 20: AAS 80 (1988), 1703.

144. Cf. Pío XII, Enc. *Evangelii praecones*: I.c., 510 s.; Enc. *Fidei donum*: I.c., 228 ss.; JUAN XXIII, Enc. *Principe Pastorum*: I.c., 855 ss.; PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 70-73: I.c., 59-63.

145. Exh. Ap. postsinodal *Christifideles laici*, 35: I.c., 457.

146. Cf. Enc. *Evangelii praecones*: I.c., 510-514.

te papel desempeñado por éstas, su trabajo en las familias, en las escuelas, en la vida política, social y cultural y, en particular, su enseñanza de la doctrina cristiana? Es más, hay que reconocer —y esto es un motivo de gloria— que algunas Iglesias han tenido su origen, gracias a la actividad de los laicos y de las laicas misioneros.

El Concilio Vaticano II ha confirmado esta tradición, poniendo de relieve el carácter misionero de todo el pueblo de Dios, concretamente el apostolado de los laicos. 147 y subrayando la contribución específica que éstos están llamados a dar en la actividad misionera. 148 La necesidad de que todos los fieles compartan tal responsabilidad no es sólo cuestión de eficacia apostólica, sino de un deber-derecho basado en la dignidad bautismal, por la cual "los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio —sacerdotal, profético y real— de Jesucristo". 149 Ellos, por consiguiente, "tienen la obligación general, y gozan del derecho, tanto personal como asociadamente, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo". 150 Además, dada su propia índole secular, tienen la vocación específica de "buscar el Reino de Dios tratando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios" 151

72. Los sectores de presencia y de acción misionera de los laicos son muy amplios. "El campo propio ... es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía ...". 152 a nivel local, nacional e internacional. Dentro de la Iglesia se presentan diversos tipos de servicios, funciones, ministerios y formas de animación de la vida cristiana. Recuerdo, como novedad surgida recientemente en no pocas Iglesias, el gran desarrollo de los "movimientos eclesiales", dotados de dinamismo misionero. Cuando se integran con humildad en la vida de las Iglesias locales y son acogidos cordialmente por obispos y sacerdotes en las estructuras diocesanas y parroquiales, los movimientos representan un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha. Por tanto, recomiendo difundirlos y valerse de ellos para dar nuevo vigor, sobre todo entre los jóvenes, a la vida cristiana y a la evangelización, con una visión pluralista de los modos de asociarse y de expresarse.

En la actividad misionera hay que revalorar las varias agrupaciones del laicado, respetando su índole y finalidades: asociaciones del laicado misionero, organismos cristianos y hermandades de diverso tipo; que todos se entreguen a la misión *ad gentes* y la colaboración con las Iglesias locales. De este modo se favorecerá el crecimiento de un laicado maduro y responsable, cuya "formación ... se presenta en las jóvenes Iglesias como elemento esencial e irrenunciable de la *plantatio Ecclesiae*". 153

147. Cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 17, 33 ss.

148. Cf. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 35-36, 41.

149. Exh. Ap. postsinodal *Christifideles laici*, 14: l.c., 410.

150. C.I.C., can. 225, 1; cf. CONC. ECU. VATIC. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los seglares, 6, 13.

151. CONC. ECU. VATIC. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 31; cf. C.I.C., can. 225, 2.

152. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 70: l.c., 60.

153. Exh. Ap. postsinodal *Christifideles laici*, 35: l.c., 458.

## La obra de los catequistas y la variedad de los ministerios

73. Entre los laicos que se hacen evangelizadores se encuentran en primera línea los catequistas. El decreto conciliar misionero los define como "esa legión tan benemérita de la obra de las misiones entre los gentiles", los cuales, "llenos de espíritu apostólico, prestan con grandes sacrificios una ayuda singular y enteramente necesaria para la expansión de la fe y de la Iglesia". 154 No sin razón las Iglesias más antiguas, al entregarse a una nueva evangelización, han incrementado el número de catequistas e intensificado la catequesis. "El título de "catequista" se aplica por excelencia a los catequistas de tierras de misión ... Sin ellos no se habrían edificado Iglesias hoy día florecientes". 155

Aunque ha habido un incremento de los servicios eclesiales y extraeclesiales, el ministerio de los catequistas continúa siendo siempre necesario y tiene unas características peculiares: los catequistas son agentes especializados, testigos directos, evangelizadores insustituibles, que representan la fuerza básica de las comunidades cristianas, especialmente en las Iglesias jóvenes, como varias veces he afirmado y constatado en mis viajes misioneros. El nuevo Código de Derecho Canónico reconoce sus cometidos, cualidades y requisitos. 156

Pero no se puede olvidar que el trabajo de los catequistas resulta cada vez más difícil y exigente debido a los cambios eclesiales y culturales en curso. Es válido también en nuestros días lo que el Concilio mismo sugería: una preparación doctrinal y pedagógica más cuidada, la constante renovación espiritual y apostólica. La necesidad de "procurar ... una condición de vida decorosa y la seguridad social" a los catequistas. 157 Igualmente, es importante favorecer la creación y el potenciamento de las escuelas para catequistas, que, aprobadas por las Conferencias episcopales, otorguen títulos oficialmente reconocidos por éstas últimas. 158

74. Además de los catequistas, hay que recordar las demás formas de servicio a la vida de la Iglesia y a la misión, así como otros agentes: animadores de la oración, del canto y de la liturgia; responsables de comunidades eclesiales de base y de grupos bíblicos; encargados de las obras caritativas; administradores de los bienes de la Iglesia; dirigentes de los diversos grupos y asociaciones apostólicas; profesores de religión en las escuelas. Todos los fieles laicos deben dedicar a la Iglesia parte de su tiempo, viviendo con coherencia la propia fe.

## Congregación para la evangelización de los pueblos y otras estructuras para la actividad misionera

75. Los responsables y los agentes de la pastoral misionera deben sentirse unidos en la comunión que caracteriza al Cuerpo místico. Por ello Cristo pidió en la última cena: "Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17, 21). En esta comunión está el fundamento de la fecundidad de la misión.

154. CONC. ECU. VATIC. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 17.

155. Exh. Ap. *Catechesi tradendae*, 66: l.c., 1331.

156. Cf. can. 785, 1.

157. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 17.

158. Cf. Asamblea plenaria de la S. Congregación para la evangelización de los pueblos de 1969, sobre los catequistas y la relativa "Instrucción" de abril de 1970: *Bibliografía misionera* 34 (1970), 197-212, y S.C. de Propaganda *Fide Memoria Rerum*, III/2 (1976), 821-831.

Pero la Iglesia es también una comunión visible y orgánica, y por esto la misión requiere igualmente una unión externa y ordenada entre las diversas responsabilidades y funciones, de manera que todos los miembros "dediquen sus esfuerzos con unanimidad a la edificación de la Iglesia". 159

Corresponde al dicasterio misional "dirigir y coordinar en todo el mundo la obra de evangelización de los pueblos y la cooperación misionera, salvo la competencia de la Congregación para las Iglesias orientales". 160 Por ello es de su competencia el que "forme y distribuya a los misioneros según las necesidades más urgentes de las regiones. ... haga la planificación, dicte normas, directrices y principios para la adecuada evangelización y dé impulsos" 161 No puedo sino confirmar estas sabias disposiciones: para impulsar la misión *ad gentes* es necesario un centro de promoción, dirección y coordinación como es la Congregación para la evangelización de los pueblos. Invito, pues, a las Conferencias episcopales y a sus organismos, a los superiores mayores de las órdenes, congregaciones e institutos, a los organismos locales comprometidos en la actividad misionera, a colaborar fielmente con dicha Congregación, que tiene la autoridad necesaria para programar y dirigir la actividad y la cooperación misionera a nivel universal.

La misma Congregación, que cuenta con una larga y gloriosa experiencia, está llamada a desempeñar un papel de primera importancia a nivel de reflexión, de programas operativos, de los cuales tiene necesidad la Iglesia para orientarse más decididamente hacia la misión en sus diversas formas. Para conseguir este fin, la Congregación debe mantener una estrecha relación con los otros dicasterios de la Santa Sede, con las Iglesias particulares y con las fuerzas misioneras. En una eclesiología de comunión, en la que la Iglesia es toda ella misionera, pero al mismo tiempo se ven siempre como indispensables las vocaciones e instituciones específicas para la labor *ad gentes*, sigue siendo muy importante el papel de guía y coordinación del dicasterio misional para afrontar conjuntamente las grandes cuestiones de interés común, salvo las competencias propias de cada autoridad y estructura.

76. Para la orientación y coordinación de la actividad misionera a nivel nacional y regional, son de gran importancia las Conferencias episcopales y sus diversas agrupaciones. A ellas les pide el Concilio que "traten ... de común acuerdo, los asuntos más graves y los problemas más urgentes, pero sin descuidar las diferencias locales", 162 así como el problema de la inculturación. De hecho, existe ya una amplia y continuada acción en este campo y los frutos son visibles. Es una acción que debe ser intensificada y mejor concertada con la de otros organismos de las mismas Conferencias, de manera que la solicitud misionera no quede reducida a la dirección de un determinado sector u organismo, sino que sea compartida por todos.

Que los mismos organismos e instituciones que se ocupan de la actividad misionera aúnen oportunamente esfuerzos e iniciativas. Que las Conferencias de los superiores mayores tengan también este mismo objetivo en su ámbito, en contacto con las Conferencias episcopales, según las indicaciones y normas establecidas,

159. CONC. ECU. V. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 28.

160. Const. Ap. *Pastor Bonus*, sobre la Curia romana (28 de junio de 1988), 85: AAS 80 (1988), 881; cf. CONC. ECU. V. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 29.

161. CONC. ECU. V. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 29; cf. JUAN PABLO II, Const. Ap. *Pastor Bonus*, sobre la Curia romana, 86: I.C., 882.  
162. Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 31.

163 recurriendo incluso a comisiones mixtas. 164 De modo análogo, finalmente, hay que promover encuentros y formas de colaboración entre las diferentes instituciones misioneras, ya sea para la formación y el estudio, 165 ya sea para la acción apostólica que hay que desarrollar.

## VII. LA COOPERACION EN LA ACTIVIDAD MISIONERA

77. Miembros de la Iglesia en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. La participación de las comunidades y de cada fiel en este derecho-deber se llama "cooperación misionera".

Tal cooperación se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo: sólo si se está unido a él, como el sarmiento a la vña (cf. Jn 15, 5), se pueden producir buenos frutos. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia: "El Concilio invita a todos a una profunda renovación interior, a fin de que, teniendo viva conciencia de la propia responsabilidad en la difusión del Evangelio, acepten su participación en la obra misionera entre los gentiles". 166

La participación en la misión universal no se reduce, pues, a algunas actividades particulares, sino que es signo de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos. De esta manera el creyente amplía los confines de su caridad, manifestando la solicitud por quienes están lejos y por quienes están cerca: ruega por las misiones y por las vocaciones misioneras, ayuda a los misioneros, sigue sus actividades con interés y, cuando regresan, los acoge con aquella alegría con la que las primeras comunidades cristianas escuchaban de los Apóstoles las maravillas que Dios había obrado mediante su predicación (cf. Hech 14, 27).

### Oración y sacrificios por los misioneros

78. Entre las formas de participación, el primer lugar corresponde a la cooperación espiritual: oración, sacrificios, testimonio de vida cristiana. La oración debe acompañar el camino de los misioneros, para que el anuncio de la Palabra resulte eficaz por medio de la gracia divina. San Pablo, en sus *Cartas*, pide a menudo a los fieles que recen por él, para que pueda anunciar el Evangelio con confianza y franqueza.

A la oración es necesario unir el sacrificio. El valor salvífico de todo sufrimiento, aceptado y ofrecido a Dios con amor, deriva del sacrificio de Cristo, que llama a los miembros de su Cuerpo místico a unirse a sus padecimientos y completarlos en la propia carne (cf. Col 1, 24). El sacrificio del misionero debe ser compartido y sostenido por el de todos los fieles. Por esto, recomiendo a quienes ejercen su ministerio pastoral entre los enfermos, que los instruyan sobre el valor del sufrimiento, animándoles a ofrecerlo a Dios por los misioneros. Con tal ofrecimiento los enfermos se hacen también misioneros, como lo subrayan algunos movimientos surgidos entre ellos y para ellos. Incluso la misma solem-

163. Cf. *Ibid.*, 33.

164. Cf. PABLO VI, Cart. Ap. motu proprio data *Ecclesiae sanctae* (6 de agosto de 1966), II, 43: AAS 58 (1966), 782.

165. Cf. CONC. ECU. V. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 34; PABLO VI, Motu proprio *Ecclesiae sanctae*, III, n. 22: I.C., 787.

166. CONC. ECU. V. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 35; cf. C.I.C., cc. 211. 781.

nidad de Pentecostés, inicio de la misión de la Iglesia, es celebrada en algunas comunidades como "Jornada del sufrimiento por las misiones".

"Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame" (cf. Is 6, 8)

79. La cooperación se manifiesta además en el promover las vocaciones misioneras. A este respecto, hay que reconocer la validez de las diversas formas de actividad misionera; pero, al mismo tiempo, es necesario reafirmar la *prioridad de la donación total y perpetua a la obra de las misiones*, especialmente en los institutos y congregaciones misioneras, masculinas y femeninas. La promoción de estas vocaciones es el corazón de la cooperación: el anuncio del Evangelio requiere anunciantes, la mies necesita obreros, la misión se hace, sobre todo, con hombres y mujeres consagrados de por vida a la obra del Evangelio, dispuestos a ir por todo el mundo para llevar la salvación.

Deseo, por tanto, recordar y alentar esta *solicitud por las vocaciones misioneras*. Conscientes de la responsabilidad universal de los pueblos cristianos en contribuir a la obra misional y al desarrollo de los pueblos pobres, debemos preguntarnos por qué en varias naciones, mientras aumentan los donativos, se corre el peligro de que desaparezcan las vocaciones misioneras, las cuales reflejan la verdadera dimensión de la entrega a los hermanos. Las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada son un signo seguro de la vitalidad de una Iglesia.

80. Pensando en este grave problema, dirijo mi llamada, con particular confianza y afecto, a las familias y a los jóvenes. Las familias y, sobre todo, los padres han de ser conscientes de que deben dar "una contribución particular a la causa misionera de la Iglesia, cultivando las vocaciones misioneras entre sus hijos e hijas". 167

Una vida de oración intensa, un sentido real del servicio al prójimo y una generosa participación en las actividades eclesiales ofrecen a las familias las condiciones favorables para la vocación de los jóvenes. Cuando los padres están dispuestos a consentir que uno de sus hijos marche para la misión, cuando han pedido al Señor esta gracia, él los recompensará, con gozo, el día en que un hijo suyo o hija escuche su llamada.

A los mismos jóvenes ruego que escuchen la palabra de Cristo que les dice, igual que a Simón Pedro y Andrés en la orilla del lago: "Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres" (Mt 4, 19). Que los jóvenes tengan la valentía de responder, igual que Isaías: "Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame" (cf. Is 6, 8). Ellos tendrán ante sí una vida atrayente y experimentarán la verdadera satisfacción de anunciar la "Buena Nueva" a los hermanos y hermanas, a quienes guiarán por el camino de la salvación.

"Mayor felicidad hay en dar que en recibir" (Hch 20, 35)

81. Son muchas las necesidades materiales y económicas de las misiones; no sólo para fundar la Iglesia con estructuras mínimas (capillas, escuelas para catequistas y seminaristas, viviendas), sino también para sostener las obras de caridad, de educación y promoción humana, campo inmenso de acción, especialmente en los paí-

ses pobres. La Iglesia misionera da lo que recibe; distribuye a los pobres lo que sus hijos más pudientes en recursos materiales ponen generosamente a su disposición. A este respecto, deseo dar las gracias a todos aquellos que dan con sacrificio para la obra misionera; sus renunciaciones y su participación son indispensables para construir la Iglesia y testimoniar la caridad.

Respecto a las ayudas materiales es importante comprobar el espíritu con el que se da. Para ello, es necesario revisar el propio estilo de vida: las misiones no piden solamente ayuda, sino compartir el anuncio y la caridad para con los pobres. Todo lo que hemos recibido de Dios —tanto la vida como los bienes materiales— no es nuestro sino que nos ha sido dado para usarlo. La generosidad en el dar debe estar siempre iluminada e inspirada por la fe: entonces sí que hay más alegría en dar que en recibir.

La *Jornada misionera mundial*, orientada a sensibilizar sobre el problema misionero, así como a recoger donativos, es una cita importante en la vida de la Iglesia, porque enseña cómo se ha de dar: en la celebración eucarística, esto es, como ofrenda a Dios, y para todas las misiones del mundo.

#### Nuevas formas de cooperación misionera

82. La cooperación se abre hoy a *nuevas formas*, incluyendo no sólo la ayuda económica sino también la participación directa. *Nuevas situaciones* relacionadas con el fenómeno de la movilidad humana exigen a los cristianos un auténtico espíritu misionero.

El turismo a escala internacional es ya un fenómeno de masas positivo, si se practica con actitud respetuosa en orden a un mutuo enriquecimiento cultural, evitando ostentaciones y derroches, y buscando la comunicación humana. Pero a los cristianos se les exige sobre todo la conciencia de deber ser siempre testigos de la fe y de la caridad en Cristo. También el conocimiento directo de la vida misionera y de las comunidades cristianas puede enriquecer y dar vigor a la fe. Son encomiables las visitas a las misiones, sobre todo por parte de los jóvenes, que van para prestar un servicio y tener una experiencia fuerte de vida cristiana.

Las exigencias del trabajo llevan hoy a numerosos cristianos de jóvenes comunidades a regiones donde el cristianismo es desconocido y, a veces, proscrito o perseguido. Esto pasa también con los fieles de países de antigua tradición cristiana, que trabajan temporalmente en países no cristianos. Estas circunstancias son ciertamente una ocasión para vivir y testimoniar la fe. Durante los primeros siglos, el cristianismo se difundió sobre todo porque los cristianos, viajando o estableciéndose en regiones donde Cristo no había sido anunciado, testimoniaban con valentía su fe y fundaban allí las primeras comunidades.

Más numerosos son los ciudadanos de países de misión y los que pertenecen a regiones no cristianas, que van a establecerse en otras naciones por motivos de trabajo, de estudio, o bien obligados por las condiciones políticas o económicas de sus lugares de origen. La presencia de estos hermanos en los países de antigua tradición cristiana es un desafío para las comunidades eclesiales, animándolas a la acogida, al diálogo, al servicio, a compartir, al testimonio y al anuncio directo. De hecho, también en los países cristianos se forman grupos humanos y culturales que exigen la misión *ad gentes*. Las Iglesias locales, con la ayuda de personas provenientes de los países de los emigrantes y de misioneros que hayan regresado, deben ocuparse generosamente de estas situaciones.

La cooperación puede implicar también a los responsables de la política, de la

167. Exh. Ap. *Familiaris consortio*, 54: l.c. 147.

economía, de la cultura, del periodismo, además de los expertos de los diversos Organismos internacionales. En el mundo moderno es cada vez más difícil trazar líneas de demarcación geográfica y cultural; se da una creciente interdependencia entre los pueblos, lo cual es un estímulo para el testimonio cristiano y para la evangelización.

#### Animación y formación del pueblo de Dios

83. La formación misionera del pueblo de Dios es obra de la Iglesia local con la ayuda de los misioneros y de sus institutos, así como de los miembros de las Iglesias jóvenes. Esta labor ha de ser entendida no como algo marginal, sino central en la vida cristiana. Para la misma "nueva evangelización" de los pueblos cristianos, el tema misionero puede ser de gran ayuda: en efecto, el testimonio de los misioneros conserva su atractivo para los alejados y los no creyentes, y es transmisor de valores cristianos. Las Iglesias locales, por consiguiente, han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles.

Para conseguir este fin, es valiosa ante todo la información mediante la prensa misionera y los diversos medios audiovisuales. Su papel es de gran importancia en cuanto ayudan a conocer la vida de la Iglesia universal, las voces y la experiencia de los misioneros y de las Iglesias locales donde ellos trabajan. Conviene que en las Iglesias más jóvenes que no están aún en condiciones de poseer una prensa y otros instrumentos, los institutos misioneros destinen personal y medios para estas iniciativas.

Para esta formación están llamados los sacerdotes y sus colaboradores, los educadores y profesores, los teólogos, particularmente los que enseñan en los seminarios y en los centros para laicos. La enseñanza teológica no puede ni debe prescindir de la misión universal de la Iglesia, del ecumenismo, del estudio de las grandes religiones y de la misionología. Recomendando que sobre todo en los seminarios y en las casas de formación para religiosos y religiosas se lleven a cabo tales estudios, procurando que algunos sacerdotes, o alumnos y alumnas, se especialicen en los diversos campos de las ciencias misionológicas.

Las actividades de animación deben orientarse siempre hacia sus fines específicos: informar y formar al pueblo de Dios para la misión universal de la Iglesia; promover vocaciones *ad gentes*; suscitar cooperación para la evangelización. En efecto, no se puede dar una imagen reductiva de la actividad misionera, como si fuera principalmente ayuda a los pobres, contribución a la liberación de los oprimidos, promoción del desarrollo, defensa de los derechos humanos. La Iglesia misionera está comprometida también en estos frentes, pero su cometido primario es otro: los pobres tienen hambre de Dios, y no sólo de pan y libertad; la actividad misionera ante todo ha de testimoniar y anunciar la salvación en Cristo, fundando las Iglesias locales que son luego instrumento de liberación en todos los sentidos.

#### La responsabilidad primaria de las Obras Misionales Pontificias

84. En esta obra de animación el cometido primario corresponde a las *Obras Misionales Pontificias*; como he afirmado varias veces en los mensajes para la Jornada mundial de las misiones. Las cuatro Obras —Propagación de la Fe, San Pedro Apóstol, Santa Infancia y Unión Misional— tienen en común el objetivo de promover el espíritu misionero universal en el pueblo de Dios. La Unión Misional

tiene como fin inmediato y específico la sensibilización y formación misionera de los sacerdotes, religiosos y religiosas que, a su vez, deben cultivarla en las comunidades cristianas; además, trata de promover otras Obras, de las que ella es el alma. 168 "La consigna ha de ser ésta: Todas las Iglesias para la conversión de todo el mundo". 169 Estas Obras, por ser del Papa y del Colegio episcopal, incluso en el ámbito de las Iglesias particulares, "deben ocupar con todo derecho el primer lugar, pues son medios para difundir entre los católicos, desde la infancia, el sentido verdaderamente universal y misionero, y para estimular la recogida eficaz de subsidios en favor de todas las misiones, según las necesidades de cada una". 170 Otro objetivo de las Obras Misionales es suscitar vocaciones *ad gentes* y de por vida, tanto en las Iglesias antiguas como en las más jóvenes. Recomendando vivamente que se oriente cada vez más a este fin su servicio de animación.

En el ejercicio de sus actividades, estas Obras dependen, a nivel universal, de la Congregación para la evangelización de los pueblos y, a nivel local, de las Conferencias episcopales y de los obispos en cada Iglesia particular, colaborando con los centros de animación existentes: ellas llevan al mundo católico el espíritu de universalidad y de servicio a la misión, sin el cual no existe auténtica cooperación.

#### No sólo dar a la misión, sino también recibir

85. Cooperar con las misiones quiere decir no sólo dar, sino también saber recibir: todas las Iglesias particulares, jóvenes o antiguas, están llamadas a dar y a recibir en favor de la misión universal y ninguna deberá encerrarse en sí misma: "En virtud de esta catolicidad —dice el Concilio—, cada una de las partes colabora con sus dones propios con las restantes partes y con toda la Iglesia, de tal modo que el todo y cada una de las partes aumenten a causa de todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad... De aquí se derivan... entre las diversas partes de la Iglesia, unos vínculos de íntima comunión en lo que respecta a riquezas espirituales, obreros apostólicos y ayudas temporales". 171

Exhorto a todas las Iglesias, a los pastores, sacerdotes, religiosos y fieles a *abrirse a la universalidad de la Iglesia*, evitando cualquier forma de particularismo, exclusivismo o sentimiento de autosuficiencia. Las Iglesias locales, aunque arraigadas en su pueblo y en su cultura, sin embargo deben mantener concretamente ese sentido universal de la fe, es decir, dando y recibiendo de las otras Iglesias dones espirituales, experiencias pastorales del primer anuncio y de evangelización, personal apostólico y medios materiales.

En efecto, la tendencia a cerrarse puede ser fuerte: las Iglesias antiguas, comprometidas en la nueva evangelización, piensan que la misión han de realizarla en su propia casa, y corren el riesgo de frenar el impulso hacia el mundo no cristiano, concediendo no de buena gana las vocaciones a los institutos misioneros, a las congregaciones religiosas y a las demás Iglesias. Sin embargo, es dando generosamente de lo nuestro como recibiremos, y ya hoy las Iglesias jóvenes —no

168. CF. PABLO VI, Cart. Ap. *Graves et incrementum* (5 de septiembre de 1966): AAS 58 (1966), 750-756.

169. P. MANNA, *Le nostre "Chiese" e la propagazione del Vangelo*, Trentola Ducenta, 1952, 2 p. 35.

170. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 38.

171. Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 13.

pocas de las cuales experimentan un prodigioso florecimiento de vocaciones— son capaces de enviar sacerdotes, religiosos y religiosas a las antiguas.

Por otra parte, estas Iglesias jóvenes sienten el problema de la propia identidad, de la inculturación, de la libertad de crecer sin influencias externas, con la posible consecuencia de cerrar las puertas a los misioneros. A estas Iglesias les digo: lejos de aislarlos, acoged abiertamente a misioneros y medios de las otras Iglesias y enviadlos también vosotras mismas al mundo. Precisamente por los problemas que os angustian tenéis necesidad de manteneros en continua comunicación con los hermanos y hermanas en la fe. Haced valer por todos los medios legítimos las libertades a las que tenéis derecho, acordándoos de que los discípulos de Cristo tienen el deber de "obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hch 5, 29).

#### Dios prepara una nueva primavera del Evangelio

86. Si se mira superficialmente a nuestro mundo, impresionan no pocos hechos negativos que pueden llevar al pesimismo. Mas éste es un sentimiento injustificado: tenemos fe en Dios Padre y Señor, en su bondad y misericordia. En la proximidad del tercer milenio de la Redención, Dios está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se vislumbra su comienzo. En efecto, tanto en el mundo no cristiano como en el de antigua tradición cristiana, existe un progresivo acercamiento de los pueblos a los ideales y a los valores evangélicos, que la Iglesia se esfuerza en favorecer. Hoy se manifiesta una nueva convergencia de los pueblos hacia estos valores: el rechazo de la violencia y de la guerra; el respeto de la persona humana y de sus derechos; el deseo de libertad, de justicia y de fraternidad; la tendencia a superar los racimos y nacionalismos, el afianzamiento de la dignidad y la valoración de la mujer.

La esperanza cristiana nos sostiene en nuestro compromiso a fondo para la nueva evangelización y para la misión universal, y nos lleva a pedir como Jesús nos ha enseñado: "Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo" (Mt 6, 10).

Los hombres que esperan a Cristo son todavía un número inmenso: los ámbitos humanos y culturales, que aún no han recibido el anuncio evangélico o en los cuales la Iglesia está escasamente presente, son tan vastos, que requieren la unidad de todas las fuerzas. Al prepararse a celebrar el jubileo del año dos mil, toda la Iglesia está comprometida todavía más en el nuevo advenimiento misionero. Hemos de fomentar en nosotros el afán apostólico por transmitir a los demás la luz y la gloria de la fe, y para este ideal debemos educar a todo el pueblo de Dios.

No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios. Para el creyente, en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, la causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios.

#### VIII. ESPIRITUALIDAD MISIONERA

87. La actividad misionera exige una espiritualidad específica, que concierne particularmente a quienes Dios ha llamado a ser misioneros.

##### Dejarse guiar por el Espíritu

Esta espiritualidad se expresa, ante todo, viviendo con plena docilidad al Espí-

ritu; ella compromete a dejarse plasmar interiormente por él, para hacerse cada vez más semejantes a Cristo. No se puede dar testimonio de Cristo sin reflejar su imagen, la cual se hace viva en nosotros por la gracia y por obra del Espíritu. La docilidad al Espíritu compromete además a acoger los dones de fortaleza y discernimiento, que son rasgos esenciales de la espiritualidad misionera.

Es emblemático el caso de los Apóstoles, quienes durante la vida pública del Maestro, no obstante su amor por él y la generosidad de la respuesta a su llamada, se mostraron incapaces de comprender sus palabras y fueron reacios a seguirle en el camino del sufrimiento y de la humillación. El Espíritu los transformará en testigos valientes de Cristo y preclaros anunciadores de su palabra: será el Espíritu quien los conducirá por los caminos arduos y nuevos de la misión, siguiendo sus decisiones.

También la misión sigue siendo difícil y compleja como en el pasado y exige igualmente la valentía y la luz del Espíritu. Vivimos frecuentemente el drama de la primera comunidad cristiana, que veía cómo fuerzas incrédulas y hostiles se aliaban "contra el Señor y contra su Ungido" (Hch 4, 26). Como entonces, hoy conviene orar para que Dios nos conceda la libertad de proclamar el Evangelio; conviene escrutar las vías misteriosas del Espíritu y dejarse guiar por él hasta la verdad completa (cf. Jn 16, 13).

##### Vivir el misterio de Cristo "enviado"

88. Nota esencial de la espiritualidad misionera es la comunión íntima con Cristo: no se puede comprender y vivir la misión si no es con referencia a Cristo, en cuanto enviado a evangelizar. Pablo describe sus actitudes: "Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como un hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (Flp 2, 5-8).

Se describe aquí el misterio de la Encarnación y de la Redención, como despojamiento total de sí, que lleva a Cristo a vivir plenamente la condición humana y a obedecer hasta el final el designio del Padre. Se trata de un anonadamiento que, no obstante, está impregnado de amor y expresa el amor. La misión recorre este mismo camino y tiene su punto de llegada a los pies de la cruz.

Al misionero se le pide "renunciarse a sí mismo y a todo lo que tuvo hasta entonces y a hacerse todo para todos": 172 en la pobreza que lo deja libre para el Evangelio; en el desapego de personas y bienes del propio ambiente, para hacerse así hermano de aquellos a quienes es enviado y llevarles a Cristo Salvador. A esto se orienta la espiritualidad del misionero: "Me he hecho débil con los débiles. . . Me he hecho todo para todos, para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio" (1 Co 9, 22-23).

Precisamente porque es "enviado", el misionero experimenta la presencia consoladora de Cristo, que lo acompaña en todo momento de su vida. "No tengas miedo . . . porque yo estoy contigo" (Hch 18, 9-10). Cristo lo espera en el corazón de cada hombre.

### Amar a la Iglesia y a los hombres como Jesús los ha amado

89. La espiritualidad misionera, se caracteriza, además, por la caridad apostólica; la de Cristo que vino "para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 52); Cristo, Buen Pastor que conoce sus ovejas, las busca y ofrece su vida por ellas (cf. Jn 10). Quien tiene espíritu misionero siente el ardor de Cristo por las almas y ama a la Iglesia, como Cristo.

El misionero se mueve a impulsos del "celo por las almas", que se inspira en la caridad misma de Cristo y que está hecha de atención, ternura, compasión, acogida, disponibilidad, interés por los problemas de la gente. El amor de Jesús es muy profundo: él, que "conocía lo que hay en el hombre" (Jn 2, 25), amaba a todos ofreciéndoles la redención, y sufría cuando ésta era rechazada.

El misionero es el hombre de la caridad: para poder anunciar a todo hombre que es amado por Dios y que él mismo puede amar, debe dar testimonio de caridad para con todos, gastando la vida por el prójimo. El misionero es el "hermano universal"; lleva consigo el espíritu de la Iglesia, su apertura y atención a todos los pueblos y a todos los hombres, particularmente a los más pequeños y pobres. En cuanto tal, supera las fronteras y las divisiones de raza, casta e ideología: es signo del amor de Dios en el mundo, que es amor sin exclusión ni preferencia.

Por último, lo mismo que Cristo, él debe amar a la Iglesia. "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella" (Ef 5, 25). Este amor, hasta dar la vida, es para el misionero un punto de referencia. Sólo un amor profundo por la Iglesia puede sostener el celo del misionero; su preocupación cotidiana —como dice san Pablo— es "la solicitud por todas las Iglesias" (2 Co 11, 28). Para todo misionero y toda comunidad: "la fidelidad a Cristo no puede separarse de la fidelidad a la Iglesia". 173

### El verdadero misionero es el santo

90. La llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad. Cada misionero, lo es auténticamente si se esfuerza en el camino de la santidad: "La santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia". 174

La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión. Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión. Esta ha sido la ferviente voluntad del Concilio al desear, "con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia, iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura". 175 La espiritualidad misionera de la Iglesia es un camino hacia la santidad.

El renovado impulso hacia la misión *ad gentes* exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo "anhelo de santidad" entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son

173. CON. ECUM. VAT. II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 14.

174. Exh. Ap. postsinodal *Christifidelis laici*, 17: c. 419.

175. Const. dog. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia.

los colaboradores más íntimos de los misioneros". 176

Pensemos, queridos hermanos y hermanas, en el empuje misionero de las primeras comunidades cristianas. A pesar de la escasez de medios de transporte y de comunicación de entonces, el anuncio evangélico llegó en breve tiempo a los confines del mundo. Y se trataba de la religión del hijo del hombre muerto en cruz, "escándalo para los judíos, necedad para los gentiles" (1 Co 1, 23). En la base de este dinamismo misionero estaba la santidad de los primeros cristianos y de las primeras comunidades.

91. Me dirijo, por tanto, a los bautizados de las comunidades jóvenes y de las Iglesias jóvenes. Hoy sois vosotros la esperanza de nuestra Iglesia, que tiene dos mil años: siendo jóvenes en la fe, debéis ser como los primeros cristianos e irradiar entusiasmo y valentía, con generosa entrega a Dios y al prójimo; en una palabra, debéis tomar el camino de la santidad. Sólo de esta manera podréis ser signos de Dios en el mundo y revivir en vuestros países la epopeya misionera de la Iglesia primitiva. Y seréis también fermento de espíritu misionero para las Iglesias más antiguas.

Por su parte, los misioneros reflexionen sobre el deber de ser santos, que el don de la vocación les pide, renovando constantemente su espíritu y actualizando también su formación doctrinal y pastoral. El misionero ha de ser un "contemplativo en acción". El halla respuesta a los problemas a la luz de la Palabra de Dios y con la oración personal y comunitaria. El contacto con los representantes de las tradiciones espirituales no cristianas, en particular, las de Asia, me ha corroborado que el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: "Lo que contemplamos... Acerca de la Palabra de vida... os lo anunciamos" (1 Jn 1, 1-3).

El misionero es el hombre de las bienaventuranzas. Jesús instruye a los Doce, antes de mandarlos a evangelizar, indicándoles los caminos de la misión: pobreza, mansedumbre, aceptación de los sufrimientos y persecuciones, deseo de justicia y de paz, caridad; es decir, les indica precisamente las bienaventuranzas practicadas en la vida apostólica (cf. Mt 5, 1-12). Viviendo las bienaventuranzas el misionero experimenta y demuestra concretamente que el reino de Dios ya ha venido y que él lo ha acogido. La característica de toda vida misionera auténtica es la alegría interior, que viene de la fe. En un mundo angustiado y oprimido por tantos problemas, que tiende al pesimismo, el anunciador de la "Buena Nueva" ha de ser un hombre que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza.

### CONCLUSION

92. Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante

176. Cf. Discurso a la Asamblea del CELAM en Puerto Príncipe, Haití, 9 de marzo de 1983: AAS 75 (1983), 771-779; *Homilía* en Santo Domingo, República Dominicana, para la apertura de la "novena de años", promovida por el CELAM, 12 de octubre de 1984: *Insegnamenti* VII/2 (1984), 885-897.

y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo.

Como los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el Cenáculo con "María, la madre de Jesús" (Hch 1, 14), para implorar el Espíritu y obtener fuerza y valor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los Apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu.

En vísperas del tercer milenio, toda la Iglesia es invitada a vivir más profundamente el misterio de Cristo, colaborando con gratitud en la obra de la salvación. Esto lo hace con María y como María, su madre y modelo: es ella, María, el ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres. Por esto, "la Iglesia, confortada por la presencia de Cristo, camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino... procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María". 177

A la "mediación de María, orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la revelación de su poder salvífico", 178 confió la Iglesia y, en particular, aquellos que se dedican a cumplir el mandato misionero en el mundo de hoy. Como Cristo envió a sus Apóstoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, así, mientras renuevo el mismo mandato, imparto a todos vosotros la bendición apostólica, en el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 7 de diciembre, XXV aniversario del decreto conciliar *Ad gentes*, del año 1990, decimotercero de mi Pontificado.

*Joannes Paulus II*

177. Enc. *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987), 2: AAS 79 (1987), 362 s.

178. *Ibid.*, 22: *l.c.*, 390.



CARTA APOSTOLICA  
CON OCASION DEL IV CENTENARIO DE LA  
MUERTE DE SAN JUAN DE LA CRUZ

## MAESTRO EN LA FE

al Rvdo. p. Felipe Sáinz de Baranda,  
preposito general de la orden de los Hermanos  
Descalzos de la Bienaventurada Virgen María  
del Monte Carmelo,  
con ocasión del IV Centenario de la muerte de  
san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia

## INTRODUCCION

**1** *Maestro en la fe* y testigo del Dios vivo, san Juan de la Cruz se hace presente en la memoria de la Iglesia, particularmente hoy, al celebrarse el IV Centenario de su tránsito a la gloria, que tuvo lugar el 14 de diciembre de 1591, cuando desde su convento de Ubeda fue llamado a la casa del Padre.

Es un gozo para toda la Iglesia comprobar los frutos abundantes de santidad y sabiduría que este hijo suyo sigue dando con el ejemplo de su vida y la luz de sus escritos. En efecto, su figura y sus enseñanzas atraen el interés de los más variados ambientes religiosos y culturales, que en él hallan acogida y respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre y del creyente. Abrigo, pues, la esperanza de que esta celebración jubilar sirva para dar más realce y difusión a su mensaje central: *la vida teológica en fe, esperanza y amor*.

Este mensaje, dirigido a todos, es herencia y tarea apremiante para el Carmelo Teresiano que, con razón, lo considera padre y maestro espiritual. Su ejemplo es ideal de vida; sus escritos son tesoro a compartir con cuantos buscan hoy el rostro de Dios; su doctrina es también palabra actual, en especial para España, su patria, cuyas letras y nombre honra con su magisterio de alcance universal.

**2.** Yo mismo me he sentido atraído especialmente por la experiencia y enseñanzas del santo de Fontiveros. Desde los primeros años de mi formación sacerdotal encontré en él un guía seguro en los senderos de la fe. Este aspecto de su doctrina me pareció de importancia vital para todo cristiano, particularmente en una época como la nuestra, exploradora de nuevos caminos, pero también expuesta a riesgos y tentaciones en el ámbito de la fe.

Mientras continuaba aún vivo el clima espiritual suscitado por la celebración del IV Centenario del nacimiento del santo carmelita (1542-1942) y Europa renacía de sus cenizas, tras haber experimentado la noche oscura de la guerra, elaboré en Roma mi tesis doctoral en Teología acerca de *La fe según san Juan de la Cruz* (1). En ella analizaba y destacaba la afirmación central del doctor místico: *la fe es el medio único próximo y proporcionado para la comunión con Dios*. Ya entonces intuía que la síntesis de san Juan de la Cruz contiene no solamente una sólida doctrina teológica sino, sobre todo, una exposición de la vida cristiana en sus aspectos básicos como son la comunión con Dios, la dimensión contemplativa de la oración, la fuerza teológica de la misión apostólica, la tensión de la esperanza cristiana.

Durante mi visita a España, en noviembre de 1982, tuve el gozo de exaltar su memoria en Segovia, ante el sugestivo escenario del acueducto romano, y venerar sus reliquias junto a su sepulcro. Pude proclamar de nuevo allí el gran mensaje de la fe, como esencia de su enseñanza para toda la Iglesia, para España, para el Carmelo. Una fe viva y vigorosa que busca y encuentra a Dios en su Hijo Jesucristo, en la Iglesia, en la belleza de la creación, en la oración callada, en la oscuridad de la noche y en la llama purificadora del Espíritu (2).

3. Al celebrar ahora el IV Centenario de su muerte, es conveniente, una vez más, ponerse a la escucha de este maestro. Por una feliz coincidencia se hace nuestro compañero de camino para este período de la historia, en los umbrales del año 2000, cuando acaban de cumplirse los 25 años de la clausura del Concilio Vaticano II, que impulsó y favoreció la renovación de la Iglesia en lo que se refiere a pureza de doctrina y santidad de vida. "A la Iglesia —afirma el Concilio— toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado, con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el testimonio de una fe viva y adulta, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer" (3).

Presencia de Dios y de Cristo, purificación renovadora bajo la guía del Espíritu, experiencia de una fe iluminada y adulta. ¿No es éste en realidad el contenido central de la doctrina de san Juan de la Cruz y su mensaje para la Iglesia y los hombres de hoy? Renovar y reavivar la fe constituye la base imprescindible para afrontar cualquiera de las grandes tareas que se presentan hoy con mayor urgencia a la Iglesia: experimentar la presencia salvífica de Dios en Cristo, en el centro mismo de la vida y de la historia, redescubrir la condición humana y la filiación divina del hombre, su vocación a la comunión con Dios, razón suprema de su dignidad (4), llevar a cabo una nueva evangelización a partir de la *reevangelización de los creyentes*, abriéndose cada vez más a las enseñanzas y a la luz de Cristo.

4. Muchos son los aspectos por los que Juan de la Cruz es conocido en la Iglesia y en el mundo de la cultura: como literato y poeta de la lengua castellana, como artista y humanista, como hombre de profundas experiencias místicas, teólogo y exegeta espiritual, maestro de espíritus y director de conciencias. Como

#### NOTAS

1. Edición en lengua española, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1979.
2. Cf. AAS LXXV (1983), págs. 293-299.
3. Conc. Eum. Vat. II, const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 21, 4. *Ib.*, 19.

maestro en el camino de la fe, su figura y escritos iluminan a cuantos buscan la experiencia de Dios por medio de la contemplación y del abnegado servicio a los hermanos. En su elevada producción poética, en sus tratados doctrinales —*Subida del Monte Carmelo*, *Noche Oscura*, *Cántico Espiritual*, y *Llama de Amor viva*—, así como en sus escritos breves y enjundiosos —*Dichos de luz y amor*, *Avisos y Cartas*—, el santo nos ha dejado una gran síntesis de espiritualidad y de experiencia mística cristiana. Sin embargo, entre tanta riqueza de temas y contenidos, quiero fijar la atención en su mensaje central: la *fe viva*, guía del cristiano, única luz en las noches oscuras de la prueba, llama ardiente alimentada por el Espíritu.

La fe, como bien demuestra el santo con su vida, inspira la adoración y la alabanza, confiere a toda la existencia realismo humano y sabor de trascendencia. Deseo, pues, con la luz del "Espíritu Santo enseñador" (5) y en sintonía con el estilo sapiencial de fray Juan de la Cruz, comentar algunos aspectos de su doctrina acerca de la fe, compartiendo su mensaje con los hombres y mujeres que viven hoy en esta hora de la historia llena de retos y esperanzas.

## I. MAESTRO EN LA FE

### El marco histórico

5. Las condiciones históricas en que le tocó vivir ofrecían a fray Juan de la Cruz un denso panorama de posibilidades e incentivos para el desarrollo pleno de su fe. Durante su vida (1542-1591), España, Europa y América se abren a una época de religiosidad intensa y creativa; es el tiempo de la expansión evangelizadora y de la reforma católica; pero es también tiempo de desafíos, de rupturas de la comunión eclesial, de conflictos internos y externos. La Iglesia, en esos momentos, tiene que dar respuesta a graves y urgentes tareas: un gran Concilio, el de Trento, doctrinal y reformador; un nuevo continente, América, por evangelizar; un viejo mundo, Europa, por vigorizar en sus raíces cristianas.

La vida de Juan de la Cruz se desarrolla en este marco histórico denso en situaciones y experiencias. Vive su niñez y juventud en extrema pobreza, abriéndose camino con el trabajo de sus manos en Fontiveros, Arévalo y Medina del Campo. Sigue la vocación carmelitana y recibe la formación superior en las aulas de la Universidad de Salamanca. A raíz del encuentro providencial con santa Teresa de Jesús, abraza la reforma del Carmelo e inicia la nueva forma de vida en el primer convento de Duruelo. Primer carmelita descalzo vive las vicisitudes y dificultades de la naciente familia religiosa, como maestro y pedagogo, así como confesor en la Encarnación de Avila. La cárcel de Toledo, las soledades de El Calvario y la Peñuela en Andalucía, su apostolado en los monasterios, su tarea de superior van curtiendo su personalidad, que se refleja en la lírica de su poesía y en los comentarios de sus escritos, en la vida conventual sencilla y en un apostolado itinerante. Alcalá de Henares, Baeza, Granada, Segovia y Ubeda son nombres que evocan una plenitud de vida interior, de ministerio sacerdotal y de magisterio espiritual.

Con esta rica experiencia de vida, frente a la situación eclesial de su tiempo, toma una actitud abierta. Conoce los acontecimientos, hace alusión en sus escritos a las herejías y desviaciones. Al final de su vida se ofrece para ir a México a anunciar el Evangelio; hace los preparativos para cumplir sus propósitos pero la enfermedad y la muerte se lo impiden.

6. A las graves urgencias espirituales de su tiempo Juan de Yepes responde abrazando una vocación contemplativa. Con ese gesto no se desentiende de sus responsabilidades humanas y cristianas; por el contrario, al dar ese paso se dispone a vivir con plena conciencia el núcleo central de la fe: buscar el rostro de Dios, escuchar y cumplir su palabra, entregarse al servicio del prójimo.

El nos demuestra cómo la vida contemplativa es una forma de realizarse plenamente el cristiano. El contemplativo no se limita únicamente a largos ratos de oración. Los compañeros y biógrafos del santo carmelita nos ofrecen de él una imagen dinámica: en su juventud aprendió a ser enfermero y albañil, a trabajar en la huerta y aderezar la Iglesia. Ya adulto, desempeñó responsabilidades de gobierno y de formador, atento siempre a las necesidades espirituales y materiales de sus hermanos. A pie recorrió largos caminos para asistir espiritualmente a sus hermanas, las Carmelitas Descalzas, persuadido del valor eclesial de su vida contemplativa. En él todo puede resumirse en una honda convicción: *es Dios y sólo él quien da valor y sabor a toda actividad*, "porque donde no se sabe a Dios, no se sabe nada" (6).

El mejor servicio a las necesidades de la Iglesia lo prestó, pues, con su vida y escritos, desde su peculiar vocación de carmelita contemplativo. Así vivió fray Juan en compañía de sus hermanos y hermanas en el Carmelo: en la oración y el silencio, en el servicio, la sobriedad y la renuncia. Imbuido todo ello por la fe, la esperanza y el amor. Con santa Teresa de Jesús realizó y compartió la plenitud del carisma carmelitano. Juntos siguen siendo en la Iglesia testigos eminentes del Dios vivo.

#### La tarea de formar creyentes

7. La fe fomenta la comunión y el diálogo con los hermanos para ayudarles a recorrer los senderos que conducen a Dios. Fray Juan fue un auténtico formador de creyentes. Supo iniciar a las personas en el trato familiar con Dios, enseñándoles a descubrir su presencia y su amor en las circunstancias favorables o desfavorables, en los momentos de fervor y en los períodos de aparente abandono. Se acercaron a él espíritus egregios como Teresa de Jesús, a quien hace de guía en las últimas etapas de su experiencia mística; y también personas de gran espiritualidad, representantes de la fe y de la piedad popular, como Ana de Peñalosa, a quien dedicó la *Llama de Amor viva*. Dios le dotó de cualidades apropiadas para esa misión de guía espiritual y forjador de creyentes.

Juan de la Cruz tuvo que realizar en su tiempo una auténtica pedagogía de la fe para librarla de algunos peligros que la acechaban. Por una parte, el peligro de una excesiva credulidad en quienes, sin ningún discernimiento, se fiaban más de visiones privadas o de movimientos subjetivos que del Evangelio y de la Iglesia; por otra, la increencia como actitud radical y la dureza de corazón que incapacitan para abrirse al misterio. El doctor místico, superando esos escollos, ayuda con su ejemplo y doctrina a robustecer la fe cristiana con las cualidades fundamentales de la fe adulta, como pide el Concilio Vaticano II: una fe personal, libre y convencida, abrazada con todo el ser; una fe eclesial, confesada y celebrada en la comunión de la Iglesia; una fe orante y adorante, madurada en la experiencia de comunión con Dios; una fe solidaria y comprometida, manifestada en coherencia moral de vida y en dimensión de servicio. Esta es la fe que necesitamos y de la que el santo de Fontiveros nos ofrece su testimonio personal y sus enseñanzas siempre actuales.

## II. TESTIGO DEL DIOS VIVO

### Hondura y realismo de su fe personal

8. Juan de la Cruz es un enamorado de Dios. Trataba familiarmente con él y hablaba constantemente de él. Lo llevaba en el corazón y en los labios, porque constituía su verdadero tesoro, su mundo más real. Antes de proclamar y cantar el misterio de Dios, es su testigo; por eso habla de él con pasión y con dotes de persuasión no comunes: "Ponderaban los que le oían, que así hablaba de las cosas de Dios y de los misterios de nuestra fe, como si los viera con los ojos corporales" (7). Gracias al don de la fe, los contenidos del misterio llegan a formar para el creyente un mundo vivo y real. El testigo anuncia lo que ha visto y oído, lo que ha contemplado, a semejanza de los profetas y de los apóstoles (cf. 1 Jn 1, 1-2).

Como ellos, el santo posee el don de la palabra eficaz y penetrante; no sólo por la capacidad de expresar y comunicar su experiencia en símbolos y poesías, transidos de belleza y lirismo, sino por la exquisitez sapiencial de sus "dichos de luz y amor", por su propensión a hablar "palabras al corazón, bañadas en dulzor y amor", "de luz para el camino y de amor en el caminar" (8).

### Cristo, plenitud de la revelación

9. La viveza y el realismo de la fe del doctor místico estriban en la referencia a los misterios centrales del cristianismo. Una persona contemporánea del santo afirma: "Entre los misterios que me parece tenía grande amor era al de la Santísima Trinidad y también al del Hijo de Dios humanado" (9). Su fuente preferida para la contemplación de estos misterios era la Escritura, como tantas veces atestigua; en particular el capítulo 17 del Evangelio de san Juan, de cuyas palabras se hace eco: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo" (Jn 17, 3).

Teólogo y místico, hizo del misterio trinitario y de los misterios del Verbo Encarnado el eje de la vida espiritual y el cántico de su poesía. Descubre a Dios en las obras de la creación y en los hechos de la historia, porque lo busca y acoge con fe desde lo más íntimo de su ser: "El Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma... Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora" (10).

### Dinamismo de la vida teológica

10. ¿Cómo consigue el místico español extraer de la fe cristiana toda esa riqueza de contenidos y de vida? Sencillamente dejando que la fe evangélica despliegue todas sus capacidades de conversión, amor, confianza, entrega. El secreto de su riqueza y eficacia estriba en que la fe es la fuente de la vida teológica: fe, caridad, esperanza. "Estas tres virtudes teológicas andan en uno" (11).

7. *Procesos de Beatificación y Canonización*, Declaración de fray Alonso de la Madre de Dios, en *Biblioteca Mística Carmelitana*, XIV, Burgos, 1931, pág. 370.

8. *Dichos de luz y amor*, prólogo.

9. *Procesos de Beatificación y Canonización*, Declaración de María de la Cruz, en *Biblioteca Mística Carmelitana*, XIV, Burgos, 1931, pág. 121.

10. *Cántico Espiritual* B, 1, 6 y 8.

11. *Subida del Monte Carmelo*, II, 24, 8.

Una de las aportaciones más valiosas de san Juan de la Cruz a la espiritualidad cristiana es la doctrina acerca del desarrollo de la vida teológica. En su magisterio escrito y oral centra su atención en la trilogía de la fe, la esperanza y el amor, que constituyen las actitudes originales de la existencia cristiana. En todas las fases del camino espiritual son siempre las virtudes teológicas el eje de la comunicación de Dios con el hombre y de la respuesta del hombre a Dios.

La fe, unida a la caridad y a la esperanza, produce ese conocimiento íntimo y sabroso que llamamos experiencia o sentido de Dios, vida de fe, contemplación cristiana. Es algo que va más allá de la reflexión teológica o filosófica. Y la reciben de Dios, mediante el Espíritu, muchas almas sencillas y entregadas. Al dedicar el *Cántico Espiritual* a Ana de Jesús, anota el autor: "Aunque a Vuestra Reverencia le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la mística que se sabe por amor en que, no solamente se saben, mas juntamente se gustan" (12). Cristo se les revela como el Amado, aún más, como el que ama con anterioridad, como canta el poema de "El Pastorcito".

### III. LOS CAMINOS DE LA FE

#### Fe y existencia cristiana

11. "El justo vivirá por la fe" (*Rm* 1, 17; cf. *Ha* 2, 4). Vive de la fidelidad de Dios a sus dones y promesas, de la entrega confiada a su servicio. La fe es principio y plenitud de vida. Por eso el cristiano se llama fiel, fiel de Cristo ("Christifidelis"). El Dios de la revelación penetra toda su existencia. La vida entera del creyente se rige, como criterio definitivo, por principios de fe. Lo advierte el doctor místico: "Para todo ello conviene presuponer un fundamento, que será como un báculo en que nos habemos de ir siempre arrimando; y conviene llevarle entendido, porque es la luz por donde nos habemos de guiar y entender en esta doctrina y enderezar en todos estos bienes el gozo a Dios; y es que la voluntad no se debe gozar sino sólo de aquello que es gloria y honra de Dios, y que la mayor honra que le podemos dar es servirle según la perfección evangélica, y lo que es fuera de esto es de ningún valor y provecho para el hombre" (13).

Entre los aspectos que el santo pone de relieve en la educación de la fe quiero destacar dos que tienen hoy una particular importancia en la vida de los cristianos: la relación entre razón natural y fe, y la vivencia de la fe a través de la oración interior.

12. Pudiera sorprender que el doctor de la fe y de la noche oscura ensalce con tanto encarecimiento el valor de la razón humana. Suyo es el célebre axioma: "Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él" (14). La superioridad del hombre racional sobre el resto de la realidad mundana no debe llevar a pretensiones de dominio terreno, sino que se ha de orientar hacia su fin más propio: la unión con Dios, a quien se asemeja en dignidad. Por tanto, no cabe el desprecio de la razón natural en el campo de la fe, ni la oposición entre la racionalidad humana y el mensaje divino. Al contrario,

actúan en íntima colaboración: "Hay razón natural y ley y doctrina evangélica, por donde muy bastantemente se pueden regir" (15). La fe se encarna y actúa en el hombre, ser racional, con sus luces y sombras; el teólogo y el creyente no pueden renunciar a su racionalidad, sino que deben abrirla a los horizontes del misterio (16).

13. La vivencia de la fe a través de la oración interior es otro aspecto que san Juan de la Cruz pone particularmente de relieve en sus escritos. A este propósito, es una constante preocupación de la Iglesia en la educación de la fe la promoción cultural y teológica de los fieles, para que lleguen a profundizar en su vida interior y sean capaces de dar razón de sus creencias. Pero esa promoción intelectual ha de pasar por un desarrollo de la dimensión contemplativa de la fe cristiana, fruto del encuentro con el misterio de Dios. Es ahí precisamente adonde apuntan las grandes preocupaciones pastorales del místico español.

Juan de la Cruz ha educado generaciones de fieles en la oración contemplativa, como "noticia o advertencia amorosa" de Dios y de los misterios que él nos ha revelado. Las páginas que el santo ha dedicado a este tipo de oración son bien conocidas (17). El invita a vivir con mirada de fe y amor contemplativo la celebración litúrgica, la adoración de la Eucaristía —eterna fuente escondida en el pan vivo—, la contemplación de la Trinidad y de los misterios de Cristo, la escucha amorosa de la Palabra divina, la comunión orante mediante las imágenes sagradas, el estupor ante la belleza de la creación con "bosques y espesuras plantadas por la mano del Amado" (18). En este contexto educa el alma a una forma simplificada de unión interior con Cristo: "Que, pues, Dios entonces, en modo de dar, trata con ella con noticia sencilla y amorosa, también el alma trate con El en modo de recibir, con noticia o advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia y amor con amor" (19).

#### La noche oscura de la fe y el silencio de Dios

14. El doctor místico llama hoy la atención de muchos creyentes y no creyentes por la descripción que hace de la noche oscura como experiencia típicamente humana y cristiana. Nuestra época ha vivido momentos dramáticos en los que el silencio o ausencia de Dios, la experiencia de calamidades y sufrimientos, como las guerras o el mismo holocausto de tantos seres inocentes, han hecho comprender mejor esta expresión, dándole además un carácter de experiencia colectiva, aplicada a la realidad misma de la vida y no sólo a una fase del camino espiritual. La doctrina del santo es invocada hoy ante ese misterio insondable del dolor humano.

Me refiero a ese mundo específico del sufrimiento del que he hablado en la exhortación apostólica *Salvifici doloris*. Sufrimientos físicos, morales o espirituales, como la enfermedad, la plaga del hambre, la guerra, la injusticia, la sole-

15. *Subida del Monte Carmelo*, II, 21, 4.

16. Cf. Congregación para la doctrina de la fe, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, (24-V-1990), 6.

17. Cf. *Subida del Monte Carmelo*, II, 13-14; *Llama de amor viva* 3, 32 ss.; cf. Congregación para la doctrina de la fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana* (15-X-1989), 19.

18. *Cántico Espiritual* B, 4.

19. *Llama de amor viva*, 3, 34.

12. *Cántico Espiritual* B, prólogo, 3.

13. *Subida del Monte Carmelo*, III, 17, 2.

14. *Dichos de luz y amor*, 34.

dad, la carencia del sentido de la vida, la misma fragilidad de la existencia humana, la conciencia dolorosa del pecado, la aparente ausencia de Dios, son para el creyente una experiencia purificadora que podría llamarse *noche de la fe*.

A esta experiencia Juan de la Cruz le ha dado el nombre simbólico y evocador de *noche oscura*, con una referencia explícita a la luz y oscuridad del misterio de la fe. Sin pretender dar al angustioso problema del sufrimiento una respuesta de orden especulativo, a la luz de la Escritura y de la experiencia, va descubriendo y entresacando algo de la transformación maravillosa que Dios lleva a cabo en la oscuridad, pues "sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes" (20). Se trata, en definitiva, de vivir el misterio de la muerte y resurrección en Cristo con toda verdad.

15. El silencio o ausencia de Dios, como acusación o como simple queja, es un sentimiento casi espontáneo cuando se experimenta el dolor y la injusticia. Los mismos que no atribuyen a Dios la causa de las alegrías, lo responsabilizan a menudo del dolor humano. De manera diferente, pero tal vez con mayor profundidad, el cristiano vive el tormento de la pérdida de Dios o su alejamiento de él; hasta puede sentirse arrojado en las tinieblas del abismo.

El doctor de la *noche oscura* halla en esta experiencia una amorosa pedagogía de Dios. El calla y se oculta a veces porque ya ha hablado y se ha manifestado con suficiente claridad. Incluso en la experiencia de su ausencia puede comunicar fe, amor y esperanza a quien se abre a él con humildad y mansedumbre. Escribe el santo: "Esta blancura de fe llevaba el alma en la salida de esta noche oscura cuando, caminando... en tinieblas y aprietos interiores... sufrió con constancia y perseveró, pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado; el cual en los trabajos y tribulaciones prueba la fe de su Esposa, de manera que pueda ella después con verdad decir aquel dicho de David, es a saber: Por las palabras de tus labios, yo guardé caminos duros (*Sal* 16, 4)" (21).

La pedagogía de Dios actúa en este caso como expresión de su amor y de su misericordia. Devuelve al hombre el sentido de la gratuidad, haciéndose para él don libremente aceptado. Otras veces le hace sentir todo el alcance del pecado, que es ofensa a él, muerte y vacío del hombre. Lo educa también a discernir sobre la presencia o ausencia divina; el hombre ya no tiene que guiarse por sentimientos de gusto o disgusto, sino por fe y amor. Dios es igualmente Padre amoroso, en las horas del gozo y en los momentos del dolor.

#### La contemplación de Cristo crucificado

16. Sólo Jesucristo, Palabra definitiva del Padre, puede revelar a los hombres el misterio del dolor e iluminar con los destellos de su cruz gloriosa las más tenebrosas noches del cristiano. Juan de la Cruz, consecuente con sus afirmaciones acerca de Cristo, nos dice que Dios, tras la revelación de su Hijo "ha quedado como mudo y no tiene más que hablar" (22); *el silencio de Dios tiene su más elocuente palabra reveladora de amor en Cristo crucificado*.

El Santo de Fontiveros nos invita a contemplar el misterio de la cruz de Cristo, como él lo hacía habitualmente, en la poesía de "El Pastorcico" o en su célebre di-

20. *Cántico Espiritual*, B, 23, 5.

21. *Noche oscura*, II, 21, 5.

22. *Subida del Monte Carmelo*, II, 22, 4.

bujo del Crucificado, conocido como el Cristo de san Juan de la Cruz. Sobre el misterio del abandono de Cristo en la cruz escribió ciertamente una de las páginas más sublimes de la literatura cristiana (23). Cristo vivió el sufrimiento en todo su rigor hasta la muerte de cruz. Sobre él se concentran en los últimos momentos las formas más duras del dolor físico, psicológico y espiritual: "¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?" (*Mt* 27, 46). Este sufrimiento atroz, provocado por el odio y la mentira, tiene un profundo valor redentor. Estaba ordenado a que "puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios" (24). Con su entrega amorosa al Padre, en el momento del mayor desamparo y del amor más grande, "hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios" (25). El misterio de la cruz de Cristo desvela así la gravedad del pecado y la inmensidad del amor del Redentor del hombre.

En la vida de fe, el misterio de la cruz de Cristo es referencia habitual y norma de vida cristiana: "Cuando se le ofreciere algún sinsabor y disgusto, acuérdese de Cristo crucificado y calle. Viva en fe y esperanza, aunque sea a oscuras, que en esas tinieblas ampara Dios al alma" (26). La fe se convierte en llama de caridad, más fuerte que la muerte, semilla y fruto de resurrección: "No piense otra cosa —escribe el santo en un momento de prueba— sino que todo lo ordena Dios; y adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor" (27). Porque, en definitiva: "A la tarde te examinarán en el amor" (28).

#### IV. UN MENSAJE DE PROYECCION UNIVERSAL

##### Guía para los que buscan a Dios

17. Es motivo de gozo constatar, al conmemorar el IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, la multitud de personas que, desde las más variadas perspectivas, se acercan a sus escritos: místicos y poetas, filósofos y psicólogos, representantes de otros credos religiosos, hombres de cultura y gente sencilla.

Hay quienes se acercan a él atraídos por los valores humanistas que representa, como pueden ser el lenguaje, la filosofía, la psicología. A todos habla de la verdad de Dios y de la vocación trascendente del hombre. Por eso muchos, que leen sus escritos sólo por la hondura de su experiencia o la belleza de su poesía, asimilan consciente o inadvertidamente sus enseñanzas. Por otra parte, los místicos, como nuestro santo, son los grandes testigos de la verdad de Dios y los maestros a través de los cuales el Evangelio de Cristo y la Iglesia católica encuentran, a veces, acogida entre los seguidores de otras religiones.

Pero es también guía de los que buscan una mayor intimidad con Dios en el seno de la Santa Iglesia. Su magisterio es denso en doctrina y vida. De él pueden aprender tanto el teólogo, "llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración" (29), como los directores de conciencia,

23. Cf. *ib.*, II, 7, 5-11.

24. *ib.*

25. *ib.*

26. *Carta* n. 20.

27. *Carta* n. 26.

28. *Dichos de luz y amor*, 59.

29. Congregación para la doctrina de la fe, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo* (24-V-1990), 8.

a los cuales ha dedicado páginas de gran clarividencia espiritual (30).

### Un mensaje actual para España, su patria

18. Me complace dirigirme, de modo especial en esta ocasión, a la Iglesia en España, que celebra el IV Centenario de la muerte del santo como un acontecimiento eclesial, que ha de proyectarse en los individuos, en las familias, en la sociedad.

En la época en que vivió Juan de la Cruz, España era un foco irradiante de fe católica y de proyección misionera. Estimulado y, a la vez, ayudado por aquel ambiente, el santo de Fontiveros supo elaborar una síntesis armónica de fe y cultura, experiencia y doctrina, construida con los más sólidos valores de la tradición teológica y espiritual de su patria y con la belleza de su lenguaje y poesía. En él tienen los pueblos de España uno de sus representantes más universalmente conocidos.

Hoy la Iglesia española afronta tareas graves e indeclinables en el campo de la fe y de la vida pública, como han destacado con acierto sus obispos en algunos de los documentos más recientes. Sus esfuerzos deben, pues, orientarse a la revitalización de la vida cristiana, a hacer que la fe católica, convencida y libre, se exprese personal y comunitariamente en *profesión abierta, en vida coherente, en testimonio de servicio*. En una sociedad pluralista como la actual, la opción personal de fe de los cristianos exige una nueva actitud de coherencia con la gracia bautismal, y una adhesión consciente y amorosa a la Iglesia, al tener que afrontar el riesgo del anonimato y la tentación de la incredulidad.

La Iglesia en España está llamada también a prestar un servicio a la sociedad fomentando una adecuada armonía entre *el mensaje cristiano y los valores de la cultura*. Se trata de suscitar una fe abierta y viva que lleve la savia nueva del Evangelio a los diversos ámbitos de la vida pública. Síntesis que ha de ser llevada a cabo también por los laicos cristianos comprometidos en los variados sectores de la cultura. Para esa profunda renovación interior, comunitaria y cultural, Juan de la Cruz ofrece el ejemplo de su vida y la riqueza de sus escritos.

### A los hijos e hijas del Carmelo

19. El creciente interés que san Juan de la Cruz despierta en nuestros contemporáneos es motivo de legítima satisfacción particularmente para los hijos e hijas del Carmelo Teresiano, de quienes él es padre, maestro y guía. Es también un signo de que el carisma de vida y de servicio que Dios os ha encomendado en la Iglesia sigue teniendo pleno vigor y validez.

Mas el carisma no es posesión material o herencia asegurada de una vez para siempre. Es una gracia del Espíritu que exige de vosotros fidelidad y creatividad, en comunión con la Iglesia, mostrándoos siempre atentos a sus necesidades. A todos los que sois hijos y hermanos, discípulos y seguidores de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz, os recuerdo que *vuestra vocación es motivo de grave responsabilidad, más que de gloria*.

Es ciertamente un valioso servicio a la Iglesia la solicitud y esmero con que cuidáis la presentación de sus escritos y la difusión del mensaje de vuestro pa-

dre y doctor de la Iglesia. Y lo es también el esfuerzo por facilitar la comprensión de su doctrina con estudios adecuados y la pedagogía necesaria para iniciar en su lectura y aplicación concreta. La respuesta del Carmelo Teresiano, sin embargo, ha de ir aún más allá. Tenéis que responder con el testimonio fecundo de una rica experiencia de vida personal y comunitaria. Cada carmelita descalzo, cada comunidad, la Orden entera, están llamados a encarnar los rasgos que resplandecen en la vida y en los escritos del que es como "la imagen viva del carmelita descalzo": la austeridad, la intimidad con Dios, la oración intensa, la fraternidad evangélica, la promoción de la oración y de la perfección cristiana mediante el magisterio y la dirección espiritual, como específico apostolado vuestro en la Iglesia.

¡Qué bendición sería encontrar la palabra y la vida del santo carmelita encarnadas y personificadas en cada hijo e hija del Carmelo! Así lo han hecho tantos hermanos y hermanas vuestros que, a lo largo de estos cuatro siglos, han sabido vivir la intimidad con Dios, la mortificación, la fidelidad a la oración, la ayuda espiritual fraterna, incluso las noches oscuras de la fe. De ellos, Juan de la Cruz ha sido maestro y modelo con su vida y sus escritos.

20. En esta oportunidad no puedo dejar de dirigir una palabra de agradecimiento y de exhortación a todas las Carmelitas Descalzas. El santo las hizo objeto de su predilección al dedicarles lo mejor de su apostolado y de sus enseñanzas. Sabía formarlas una a una y en comunidad, instruyéndolas y orientándolas con su presencia y el ministerio de la confesión. La madre Teresa de Jesús lo había presentado a sus hijas con las mejores credenciales de director espiritual, como "hombre celestial y divino", "muy espiritual y de grandes experiencias y letras", a quien podían abrir sus almas para progresar en la perfección, "pues le ha dado nuestro Señor para esto particular gracia" (31).

Son innumerables las Carmelitas Descalzas que meditando amorosamente los escritos del santo doctor han alcanzado altas cimas en la vida interior. Algunas de ellas son universalmente conocidas como hijas y discípulas suyas. Baste recordar los nombres de Teresa Margarita del Corazón de Jesús, María de Jesús Crucificado, Teresa de Lisieux, Isabel de la Trinidad, Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Teresa de los Andes. Seguid, pues, buscando con ahínco, mis queridas Carmelitas Descalzas, esparcidas por el mundo entero, *ese amor puro de la intimidad con Dios, que tan fecunda hace vuestra vida en la Iglesia*.

### CONCLUSION

21. La evocación de san Juan de la Cruz, con ocasión del IV Centenario de su muerte, me ha permitido compartir algunas reflexiones acerca de uno de los mensajes centrales de su magisterio: *las dimensiones de la fe evangélica*. Un mensaje que él, desde las condiciones históricas de su tiempo, encarnó en su corazón y en su vida, y que continúa siendo fecundo en la Iglesia.

Al concluir esta carta me hago peregrino hasta su pueblo natal de Fontiveros donde con el bautismo recibió las primicias de la fe, hasta el convento andaluz de Ubéda donde pasó a la gloria, hasta su sepulcro en Segovia. Estos lugares que evocan su vida terrenal, son también para todo el pueblo de Dios templos de veneración del santo, cátedra permanente desde donde sigue proclamando su mensaje de vida teológica.

30. Cf. *Llama de amor viva*, 3, 30 y ss.

31. *Carta a Ana de Jesús*, noviembre-diciembre de 1578.

Al presentarlo hoy de forma solemne ante la Iglesia y ante el mundo, quiero invitar a los hijos e hijas del Carmelo, a los cristianos de su patria, España, así como a cuantos buscan a Dios por los caminos de la belleza, de la teología, de la contemplación, a que escuchen su testimonio de fe y de vida evangélica, para que se sientan atraídos, como él, por la hermosura de Dios y por el amor de Cristo, el Amado.

A nuestro Redentor y a su Santísima Madre encomiendo las actividades que durante este año jubilar tendrán lugar para conmemorar el tránsito a la gloria de san Juan de la Cruz, mientras imparto de corazón mi bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el día 14 de diciembre, fiesta de san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, del año 1990, decimotercero de mi Pontificado.

*Joannes Paulus II*

## Catequesis

### LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO EN EL BAUTISMO DE JESÚS

1. EN LA VIDA de Jesús-Mesías, es decir, de Aquel que es consagrado con la unción del espíritu Santo (cf. *Lc* 4, 18), hay momentos de especial intensidad en los que el *Espíritu Santo se manifiesta íntimamente unido a la humanidad y a la misión de Cristo*. Hemos visto que el primero de estos momentos es el de la *Encarnación*, que se realiza mediante la concepción y el nacimiento de Jesús de María Virgen por obra del Espíritu Santo: "Conceptus, de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine", como proclama el símbolo de la fe.

Otro momento en que la presencia y la acción del Espíritu Santo toman un particular relieve es el del *bautismo* de Jesús en el Jordán. Lo veremos en la catequesis de hoy.

2. Todos los evangelistas nos han transmitido el acontecimiento (*Mt* 3, 13-17; *Mc* 1, 9-11; *Lc* 3, 21-22; *Jn* 1, 29-34). Leamos el texto de Marcos: "Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el *Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él*" (*Mc* 1, 9-10). Jesús había ido al Jordán desde Nazaret, donde había pasado los años de su vida "escondida" (Volveremos aún sobre este tema en la próxima catequesis). Antes de eso, él *había sido anunciado por Juan*, que en el Jordán exhortaba al "bautismo de penitencia". "Y proclamaba: 'Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; y no soy digno de desatarle, inclinándome, la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo' (*Mc* 1, 7-8).

Ya se estaba en los umbrales de la era mesiánica. Con la predicación de Juan concluía la larga preparación, que había recorrido toda la Antigua Alianza y, se podría decir, toda la historia humana, narrada por las Sagradas Escrituras. Juan sentía la grandeza de aquel momento decisivo, que interpretaba como el inicio de una *nueva creación*, en la que descubría la presencia del Espíritu que aleteaba por encima de la *primera creación* (cf. *Jn* 1, 32; *Gn* 1, 2). El sabía y confesaba que era un simple heraldo, precursor y ministro de Aquel que habría de venir a "bautizar con Espíritu Santo".

3. Por su parte, Jesús se preparaba en la oración para aquel momento de inmenso alcance en la historia de la salvación, en el que se había de manifestar, aunque bajo signos representativos, el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo en el misterio trinitario, presente en la humanidad como principio de vida divina. En efecto, leemos en Lucas: "*Mientras Jesús... estaba en oración, se abrió el cielo y bajó sobre él el Espíritu Santo*" (*Lc* 3, 21-22). El mismo evangelista narrará a continuación que un día Jesús enseñando a orar a los que lo seguían por los ca-

minos de Palestina, dijo que "El Padre del cielo *dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan*" (Lc 11, 13). El mismo en primer lugar pedía este Don altísimo para poder cumplir su propia misión mesiánica; y durante el bautismo en el Jordán había recibido una manifestación suya especialmente visible que señalaba ante Juan y ante sus oyentes la "investidura" mesiánica de Jesús de Nazaret. El Bautista daba testimonio de él "ante los ojos de Israel como Mesías, es decir como 'Ungido' con el Espíritu Santo" (*Dominum et vivificantem*, n. 19).

La oración de Jesús, que en su Yo divino era el Hijo eterno de Dios, pero que actuaba y oraba en la naturaleza humana, era escuchada por el Padre. El mismo, un día, diría al Padre: "Ya sabía yo que tú siempre me escuchas" (Jn 11, 42). Esta conciencia vibró especialmente en él en aquel momento del bautismo, que daba comienzo público a su *misión redentora*, como Juan intuyó y proclamó. En efecto, él presentó a Aquel que venía a "bautizar en Espíritu Santo" (Mt 3, 11) como "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29).

4. Lucas nos dice que durante el bautismo de Jesús en el Jordán "se abrió el cielo" (Lc 3, 21). En otro tiempo el profeta Isaías había dirigido a Dios la invocación: "¡Ah, si rompieras los cielos y descendieses! (Is 63, 19). Ahora Dios parecía responder a ese grito, escuchar esa oración, precisamente en el momento del bautismo. Aquel "abrirse" del cielo está ligado a la venida del Espíritu sobre Cristo en forma de paloma. Es un signo visible de que la oración del Hijo era escuchada, y de que su profecía se estaba cumpliendo; ese signo venía precedido por una voz del cielo: "Y se oyó una voz que venía de los cielos: 'Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco'" (Mc 1, 11; Lc 3, 22). El signo toca, por tanto, la vista (con la paloma) y el oído (con la voz) de los privilegiados beneficiarios de aquella extraordinaria experiencia sobrenatural. Ante todo en el alma humana de Cristo, pero también en las personas que se hallaban presentes en el Jordán, toma forma la manifestación de la eterna "complacencia" del Padre en el Hijo. Así, en el bautismo de Jesús en el Jordán tiene lugar una teofanía cuyo carácter trinitario queda mucho más subrayado que en la narración de la anunciación. El "abrirse el cielo" significa, en aquel momento, una particular iniciativa de comunicación del Padre y del Espíritu Santo con la tierra para la inauguración religiosa y casi "ritual" de la misión mesiánica del Verbo encarnado.

5. En el texto de Juan, el hecho que tuvo lugar en el bautismo de Jesús es descrito por el mismo Bautista: "Juan dio testimonio diciendo: 'He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y que se quedaba sobre él. Y yo no le conocía pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: *Aquel sobre quien veas que baje el Espíritu y se queda sobre él, éste es el que bautiza con Espíritu Santo*. Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios'" (Jn 1, 32-34). Eso significa que, según el evangelista, el Bautista participó en aquella experiencia de la teofanía trinitaria y se dio cuenta, al menos oscuramente, con la fe mesiánica del significado de aquellas palabras que el Padre había pronunciado: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco". Por lo demás, también en los demás evangelistas es significativo que el término "hijo" se encuentra usado en sustitución del término "siervo", que se halla en el primer canto de Isaías sobre el *siervo del Señor*: "He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él" (Is 42, 1).

En su fe inspirada por Dios, y en la de la comunidad cristiana primitiva, el "siervo" se identificaba con el Hijo de Dios (cf. Mt 12, 18; 16, 16), y el "espíri-

tu" que se le había concedido era reconocido en su personalidad divina como *Esíritu Santo*. Jesús, un día, la víspera de su Pasión, dirá a los Apóstoles que aquel mismo Espíritu, que descendió sobre él en el bautismo, actuaría junto con él en la realización de la redención: "El (El Espíritu de verdad) me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros" (Jn 16, 14).

6. Es interesante, al respecto, un texto de san Ireneo de Lión († 203) que, comentando el bautismo en el Jordán, afirma: "El Espíritu Santo había prometido por medio de los profetas que en los últimos días se derramaría sobre sus siervos y sus siervas, para que profetizaran. Por esto él descendió sobre el Hijo de Dios, que se hizo hijo del hombre, acostumbrándose juntamente con él a permanecer con el género humano, a 'descansar' en medio de los hombres y a morar entre aquellos que han sido creados por Dios, poniendo por obra en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de forma que se transformen de 'hombre viejo' en la 'novedad' de Cristo" (*Adversus haer.*, III, 17, 1). El texto confirma que, desde los primeros siglos, la Iglesia era consciente de la asociación entre Cristo y el Espíritu Santo en la realización de la "nueva creación".

7. Una alusión, antes de concluir, al símbolo de la paloma que, con ocasión del bautismo en el Jordán, aparece como signo del Espíritu Santo. La paloma, en el simbolismo bautismal, va unida al agua y, según algunos Padres de la Iglesia, evoca lo que sucedió al fin del diluvio, interpretado también él como figura del bautismo cristiano. Leemos en el libro del Génesis: (Noé) "volvió a soltar la paloma fuera del arca. La paloma vino al atardecer, y he aquí que traía en el pico un ramo de olivo, por donde conoció Noé que habían disminuído las aguas de encima de la tierra" (Gn 8, 10-11). El símbolo de la paloma indica el perdón de los pecados, la reconciliación con Dios y la renovación de la Alianza. Y es eso lo que halla su pleno cumplimiento en la era mesiánica, por obra de Cristo redentor y del Espíritu Santo.

## EL ESPÍRITU SANTO EN LA EXPERIENCIA DEL DESIERTO

1. AL "COMIENZO" DE la misión mesiánica de Jesús vemos otro hecho interesante y sugestivo, narrado por los evangelistas, que lo hacen depender de la acción del Espíritu Santo: se trata de la *experiencia del desierto*. Leemos en el evangelio según san Marcos: "A continuación (del bautismo), el Espíritu le empuja al desierto" (Mc 1, 12). Además, Mateo (4, 1) y Lucas (4, 1) afirman que Jesús "fue conducido por el Espíritu al desierto". Estos textos ofrecen puntos de reflexión que nos llevan a una ulterior investigación sobre el misterio de la íntima unión de Jesús-Mesías con el Espíritu Santo, ya desde el inicio de la obra de la redención.

En primer lugar, una observación de carácter lingüístico: los verbos usados por los evangelistas ("fue conducido" por Mateo y Lucas; "le empuja", por Marcos) expresan una *iniciativa especialmente enérgica* por parte del Espíritu Santo, inicia-

tiva que se inserta en la lógica de la vida espiritual y en la misma psicología de Jesús: acaba de recibir de Juan un "bautismo de penitencia", y por ello siente la necesidad de un período de reflexión y de austeridad (aunque personalmente no tenía necesidad de penitencia, dado que estaba "lleno de gracia" y era "santo" desde el momento de su concepción: (cf. *Jn* 1, 14; *Lc* 1, 35) como preparación para su ministerio mesiánico.

Su misión le exige también vivir en medio de los hombres-pecadores, a quienes ha sido enviado a evangelizar y salvar (cf. santo Tomás, *Summa Theol.*, III, q. 40, a. 1), en lucha contra el poder del demonio. De aquí la conveniencia de esta pausa en el desierto "para ser tentado por el diablo". Por lo tanto, Jesús sigue el impulso interior y se dirige adonde le sugiere el Espíritu Santo.

2. *El desierto*, además de ser lugar de encuentro con Dios, es también lugar de tentación y de lucha espiritual. Durante la peregrinación a través del desierto, que se prolongó durante cuarenta años, el pueblo de Israel había sufrido muchas tentaciones y había cedido (cf. *Ex* 32, 1-6; *Nm* 14, 1-4; 21, 4-5; 25, 1-3; *Sal* 78, 17; *1 Co* 10, 7-10). Jesús va al desierto, casi remitiéndose a la experiencia histórica de su pueblo. Pero, a diferencia del comportamiento de Israel, en el momento de inaugurar su actividad mesiánica, es sobre todo dócil a la acción del Espíritu Santo, que le pide desde el interior aquella definitiva preparación para el cumplimiento de su misión. Es un período de soledad y de prueba espiritual, que supera con la ayuda de la palabra de Dios y con la oración.

En el espíritu de la tradición bíblica, y en la línea con la psicología israelita, aquel número de "cuarenta días" podía relacionarse fácilmente con otros acontecimientos históricos, llenos de significado para la historia de la salvación: los cuarenta días del diluvio (cf. *Gn* 7, 4, 17); los cuarenta días de permanencia de Moisés en el monte (cf. *Ex* 24, 18); los cuarenta días de camino de Elías, alimentado con el pan prodigioso que le había dado nueva fuerza (cf. *1 R* 19, 8). Según los evangelistas, Jesús, bajo la moción del Espíritu Santo, se acomoda, en lo que se refiere a la permanencia en el desierto, a este número tradicional y casi sagrado (cf. *Mt* 4, 1; *Lc* 4, 1). Lo mismo hará también en el período de las apariciones a los Apóstoles tras la resurrección y la ascensión al cielo (cf. *Hch* 1, 3).

3. Jesús, por tanto, es conducido al desierto con el fin de afrontar las tentaciones de Satanás y para que pueda tener, a la vez, un contacto más libre e íntimo con el Padre. Aquí conviene tener presente que los evangelistas suelen presentarnos el desierto como el lugar donde reside Satanás: baste recordar el pasaje de Lucas sobre el "espíritu inmundo" que "cuando sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo..." (*Lc* 11, 24); y el pasaje que nos narra el episodio del endemoniado de Gerasa que "era empujado por el demonio al desierto" (*Lc* 8, 29).

En el caso de las tentaciones de Jesús, el ir al desierto es obra del Espíritu Santo, y ante todo significa el inicio de una demostración —se podría decir, incluso, de una nueva toma de conciencia— de la lucha que deberá mantener hasta el final de su vida contra Satanás, artífice del pecado. Venciendo sus tentaciones, manifiesta su propio poder salvífico sobre el pecado y la llegada del reino de Dios, como dirá un día: "Si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios" (*Mt* 12, 28).

También en este poder de Cristo sobre el mal y sobre Satanás, también en esta "llegada del reino de Dios" por obra de Cristo, se da la revelación del Espíritu Santo.

4. Si observamos bien, en las tentaciones sufridas y vencidas por Jesús durante la "experiencia del desierto" se nota la oposición de Satanás contra la llegada del reino de Dios al mundo humano, directa o indirectamente expresada en los textos de los evangelistas. Las respuestas que da Jesús al tentador desenmascaran las intenciones esenciales del "padre de la mentira" (*Jn* 8, 44), que trata de servirse, de modo perverso, de las palabras de la Escritura para alcanzar sus objetivos. Pero Jesús lo refuta apoyándose en la misma palabra de Dios, aplicada correctamente.

La narración de los evangelistas incluye, tal vez, alguna reminiscencia y establece un paralelismo tanto con las análogas tentaciones del pueblo de Israel en los cuarenta años de peregrinación por el desierto (la búsqueda de alimento: cf. *Dr* 8, 3; *Ex* 16; la pretensión de la protección divina para satisfacerse a sí mismos: cf. *Dr* 6, 16; *Ex* 17, 1-7; la idolatría: cf. *Dr* 6, 13; *Ex* 32, 1-6), como con diversos momentos de la vida de Moisés. Pero se podría decir que el episodio entra específicamente en la historia de Jesús por su lógica biográfica y teológica. Aun estando libre de pecado, Jesús pudo conocer las seducciones externas del mal (cf. *Mt* 16, 23): y era conveniente que fuese tentado para llegar a ser el Nuevo Adán, nuestro guía, nuestro redentor clemente (cf. *Mt* 26, 36-46; *Hb* 2, 10, 17-18; 4, 15; 5, 2, 7-9).

En el fondo de todas las tentaciones estaba la perspectiva de un *mesianismo político y glorioso*, como se había difundido y había penetrado en el alma del pueblo de Israel. El diablo trata de inducir a Jesús a acoger esta falsa perspectiva, porque es el enemigo del plan de Dios, de su ley, de su economía de salvación, y por tanto de Cristo, como aparece claro por el evangelio y los demás escritos del Nuevo Testamento (cf. *Mt* 13, 39; *Jn* 8, 44; 13, 2; *Hch* 10, 38; *Ef* 6, 11; *1 Jn* 3, 8 etc.). Si también Cristo cayese, el imperio de Satanás, que se gloría de ser el amo del mundo (*Lc* 4, 5-6), obtendría la victoria definitiva en la historia. Aquel momento de la lucha en el desierto es, por consiguiente, decisivo.

5. Jesús es consciente de ser enviado por el Padre para hacer presente el reino de Dios entre los hombres. Con ese fin acepta la tentación, tomando su lugar entre los pecadores, como había hecho ya en el Jordán, para servirles a todos de ejemplo (cf. san Agustín, *De Trinitate*, 4, 13). Pero, por otra parte, en virtud de la "unción" del Espíritu Santo, llega a las mismas raíces del pecado y derrota al "padre de la mentira" (*Jn* 8, 44). Por eso, va voluntariamente al encuentro de la tentación desde el comienzo de su ministerio, siguiendo el impulso del Espíritu Santo (cf. san Agustín *De Trinitate*, 13, 13).

Un día, dando cumplimiento a su obra, podrá proclamar: "Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (*Jn* 12, 31). Y la víspera de su pasión repetirá una vez más: "Llega el príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder" (*Jn* 14, 30); es más, "el príncipe de este mundo está (ya) juzgado" (*Jn* 16, 11); "¡Animo, yo he vencido al mundo!" (*Jn* 16, 33). La lucha contra el "padre de la mentira", que es el "príncipe de este mundo", iniciada en el desierto, alcanzará su culmen en el Gólgota: la victoria se alcanzará por medio de la cruz del Redentor.

6. Estamos, por tanto, llamados a reconocer el valor integral del desierto como lugar de una particular experiencia de Dios, como sucedió con Moisés (cf. *Ex* 24, 18), con Elías (*1 R* 19, 8), y sobre todo con Jesús que, "conducido" por el Espíritu Santo, acepta realizar la misma experiencia: el contacto con Dios Padre (cf. *Os* 2, 16) en lucha contra las potencias opuestas a Dios. Su experiencia es

ejemplar, y nos puede servir también como lección sobre la necesidad de la penitencia, no para Jesús que estaba libre de pecado, sino para todos nosotros. Jesús mismo un día alertará a sus discípulos sobre la necesidad de la oración y del ayuno para echar a los "espíritus inmundos" (cf. *Mc* 9, 29) y, en la tensión de la solitaria oración de Getsemani, recomendará a los Apóstoles presentes: "*Velad y orad, para que no caigáis en tentación*"; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil" (*Mc* 14, 38). Seamos conscientes de que, amoldándonos a Cristo victorioso en la experiencia del desierto, también nosotros tendremos un divino confortador: el Espíritu Santo Paráclito, pues el mismo Cristo ha prometido que "recibirá de lo suyo" y nos lo dará (cf. *Jn* 16, 14): El, que condujo al Mesías al desierto no sólo "para ser tentado" sino también para que diera la primera demostración de su poderosa victoria sobre el diablo y sobre su reino, tomará de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre Satanás, su primer artífice, para hacer partícipe de ella a todo el que sea tentado.

## EL ESPÍRITU SANTO EN EL SACRIFICIO DE JESUCRISTO

1. EN LA ENCICLICA *Dominum et vivificantem* escribí: "El hijo de Dios, Jesucristo, como hombre, en la ferviente oración de su pasión, permitió al Espíritu Santo, que ya había impregnado íntimamente su humanidad, transformarla en sacrificio perfecto mediante el acto de su muerte, como víctima de amor en la cruz. El solo ofreció este sacrificio. Como único sacerdote 'se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios' (*Hb* 9, 14)" (n. 40: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 9 de junio de 1986, pág. 10).

El sacrificio de la cruz es el culmen de una vida en la cual hemos leído, siguiendo los textos del evangelio, la verdad sobre el Espíritu Santo, a partir del momento de la encarnación.

Fue el tema de las catequesis anteriores, concentradas en los momentos de la vida y de la misión de Cristo, en la cual la revelación del Espíritu Santo es particularmente

transparente. El tema de la catequesis de hoy es el momento de la Cruz.

2. Fijemos la atención en las últimas palabras que pronunció Jesús en su agonía en el Calvario. En el texto de Lucas, se escribe: "*Padre, en tus manos pongo mi espíritu*" (*Lc* 23, 46). Aunque estas palabras, excepto la invocación "Padre", provienen del Salmo 30/31, sin embargo, en el contexto del evangelio adquieren otro significado. El salmista rogaba a Dios que lo salvase de la muerte; Jesús en la cruz, por el contrario, precisamente con las palabras del salmista acepta la muerte, entregando su espíritu al Padre (es decir, "su vida"). El salmista se dirige a Dios como a liberador; Jesús encomienda (es decir, entrega) su espíritu al Padre con la perspectiva de la resurrección. Confía al Padre la plenitud de su humanidad, en la cual subsiste el Yo divino

del Hijo unido al Padre en el Espíritu Santo. Sin embargo la presencia del Espíritu Santo no se manifiesta de modo explícito en el texto de Lucas, como sucederá en la carta a los Hebreos (9, 14).

3. Antes de pasar a este otro texto, hay que considerar la formulación un poco diversa de las palabras de Cristo moribundo en el evangelio de Juan. Allí leemos: "Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: 'Todo está cumplido'. E inclinando la cabeza entregó el espíritu" (*Jn* 19, 30). El evangelista no pone de relieve la "entrega" (o "encomienda") del espíritu al Padre. El amplio contexto del evangelio de Juan, y especialmente las páginas dedicadas a la muerte de Jesús en la cruz, parecen más bien indicar que en la muerte da comienzo el envío del Espíritu Santo, como Don entregado en la marcha de Cristo.

Sin embargo, tampoco aquí se trata de una afirmación explícita. Aunque no podemos ignorar la sorprendente vinculación que parece existir entre el texto de Juan y la interpretación de la muerte de Cristo que se halla en la carta a los Hebreos. El autor de esta última habla de la función ritual de los sacrificios cruentos de la Antigua Alianza, que servían para purificar al pueblo de las culpas legales, y los compara con el sacrificio de la cruz, y luego exclama: "¡Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!" (*Hb* 9, 14).

Como escribí en la encíclica *Dominum et vivificantem*, "en su humanidad (Cristo) era digno de convertirse en este sacrificio, ya que él solo era 'sin tacha'. Pero lo ofreció 'por el Espíritu Eterno': lo que quiere

decir que el Espíritu Santo actuó de manera especial en esta autodonación absoluta del Hijo del hombre para transformar el sufrimiento en amor redentor" (núm. 40). El misterio de la asociación entre el Mesías y el Espíritu Santo en la obra mesiánica, contenido en la página de Lucas sobre la anunciación de María, se vislumbra ahora en el pasaje de la carta a los Hebreos. Aquí se manifiesta la profundidad de esta obra, que llega a las "conciencias" humanas para purificarlas y renovarlas por medio de la gracia divina, mucho más allá de la superficie de la representación ritual.

4. En el Antiguo Testamento se habla varias veces del "fuego del cielo" que quemaba las oblações que presentaban los hombres (cf. *Lv* 9, 24; *1 Co* 21, 26; *2 Co* 7, 1). Así en el Levítico: "Arderá el fuego sobre el altar sin apagarse; el sacerdote lo alimentará con leña todas las mañanas, colocará encima el holocausto" (6, 5). Ahora bien, sabemos que el antiguo holocausto era figura del sacrificio de la cruz, el holocausto perfecto. "Por analogía se puede decir que el Espíritu Santo es el 'fuego del cielo' que actúa en lo más profundo del misterio de la cruz. Proveniendo del Padre, ofrece al Padre el sacrificio del Hijo, introduciéndolo en la divina realidad de la comunión trinitaria" (*Dominum et vivificantem*, 41).

Por esta razón podemos añadir que en el reflejo del misterio trinitario se ve el pleno cumplimiento del anuncio de Juan Bautista en el Jordán: "El (Cristo) os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (*Mt* 3, 11). Si ya en el Antiguo Testamento, del que se hacía eco el Bautista, el fuego simbolizaba la intervención soberana de Dios que purificaba las conciencias mediante su Espíritu (cf. *Is* 1, 25; *Zc* 13, 9; *Mt* 3, 2-3; *Si* 2, 5), ahora la realidad

supera las figuras en el sacrificio de la cruz, que es el perfecto "bautismo con el que Cristo mismo debía ser bautizado" (cf. Mc 10, 38), y al cual El en su vida y en su misión terrena tiene con todas sus fuerzas, como El mismo dijo: "He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!" (Lc 12, 49-50). El Espíritu Santo es el "fuego" salvífico que da actuación a ese sacrificio.

5. En la carta a los Hebreos leemos también que Cristo, "aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia" (5, 8). Al venir al mundo dijo al Padre: "He aquí que vengo a hacer tu voluntad" (Hb 10, 9). En el sacrificio de la cruz se realiza plenamente esta obediencia: "Si el pecado ha engendrado el sufrimiento, ahora el dolor de Dios en Cristo crucificado recibe su plena expresión humana por medio del Espíritu Santo... pero, a la vez, desde lo hondo de este sufrimiento... el Espíritu saca una nueva dimensión del don hecho al hombre y a la creación desde el principio. En lo más hondo del misterio de la cruz actúa el amor, que lleva de nuevo al hombre a participar en la vida, que está en Dios mismo" (*Dominum et vivificantem*, 41).

Por eso en las relaciones con Dios la humanidad tiene "un Sumo Sacerdote que (sabe) compadecerse de nuestras flaquezas, habiendo sido probado en todo igual a nosotros excepto en el pecado" (cf. Hb 4, 15): en este nuevo misterio de la mediación sacerdotal de Cristo ante el Padre, está la intervención decisiva del "Espíritu eterno", que es fuego de amor infinito.

6. "El Espíritu Santo, como amor y como don, desciende, en cierto mo-

do, al centro mismo del sacrificio que se ofrece en la cruz. Refiriéndonos a la tradición bíblica podemos decir: *El consume este sacrificio con el fuego del amor*, que une al Hijo con el Padre en la comunión trinitaria. Y dado que el sacrificio de la cruz es un acto propio de Cristo, también en este sacrificio El 'recibe' el Espíritu Santo. Lo recibe de tal manera que después —El solo con Dios Padre— puede 'darlo' a los Apóstoles, a la Iglesia y a la humanidad" (*Dominum et vivificantem*, 41).

Es, pues, justo ver en el sacrificio de la cruz el momento conclusivo de la revelación del Espíritu Santo en la vida de Cristo. Es el momento-clave, en el cual halla su centro el acontecimiento de Pentecostés y toda la irradiación que emanará de él al mundo. El mismo "Espíritu eterno" operante en el misterio de la cruz aparecerá entonces en el Cenáculo sobre las cabezas de los apóstoles bajo la forma de "lenguas como de fuego" para significar que penetraría gradualmente en las arterias de la historia humana mediante el servicio apostólico de la Iglesia. Estamos llamados a entrar también nosotros en el radio de acción de esta misteriosa potencia salvífica que parte de la cruz y del Cenáculo, para ser atraídos, en ella y por ella, a la comunión de la Trinidad.

## EL ESPÍRITU SANTO EN LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

1. EL APOSTOL PEDRO afirma en su primera carta: "Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el Espíritu" (1 Pe 3, 18). También el Apóstol Pablo afirma la misma verdad en la introducción a la carta a los Romanos, donde se presenta como el anunciador del Evangelio de Dios mismo. Y escribe: "El Evangelio... acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro" (1, 3-4). A este respecto escribí en la encíclica *Dominum et vivificantem*: "Puede decirse, por consiguiente, que la 'elevación' mesiánica de Cristo por el Espíritu Santo alcanza su culmen en la resurrección, en la cual se revela también como Hijo de Dios 'lleno de poder'" (núm. 24, cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 8 de junio de 1986, pág. 6).

Los estudiosos opinan que en este pasaje de la carta a los Romanos así como en el de la carta de Pedro (3, 18-4, 6), se halla contenida una profesión de fe anterior, recogida por los dos Apóstoles de la fuente viva de la primera comunidad cristiana. En esa profesión de fe se encuentra, entre otras, la afirmación según la cual el Espíritu Santo que actúa en la resurrección es el "Espíritu de santificación". Por consiguiente, podemos decir que Cristo, que en el momento de su concepción en el seno de María por obra del Espíritu Santo ya era el Hijo de Dios, en la resurrección es "constituido" fuente de vida y de santidad —"lleno de poder de santificación"— por obra del mismo Espíritu Santo.

Así se revela en todo su significado el gesto que Jesús realiza la misma tarde del día de la resurrección, "el primer día de la semana", cuando, al aparecerse a los Apóstoles, les muestra las manos y el costado, sopla sobre ellos y les dice: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 22).

2. A este respecto merece especial atención la primera carta de Pablo a los Corintios. Ya vimos a su tiempo, en las catequesis cristológicas, que en ella se encuentra la primera anotación histórica acerca de los testimonios sobre la resurrección de Cristo, que para el Apóstol pertenecen ya a la tradición de la Iglesia: "Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce" (15, 3-5). En este punto el Apóstol enumera diversas cristofanías que tuvieron lugar tras la resurrección, recordando al final la que él mismo había experimentado (cf. 15, 4-11).

Se trata de un texto muy importante que documenta no sólo la persuasión que tenían los primeros cristianos de la resurrección de Cristo, sino también la predicación de los Apóstoles, la tradición en formación y el mismo contenido pneumatológico y escatológico de aquella fe de la Iglesia primitiva.

En efecto, en su carta, relacionando la resurrección de Cristo con la fe en la universal "resurrección del cuerpo", el Apóstol establece la relación entre Cristo y Adán en estos términos: "Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida" (15, 45). Al afirmar que Adán fue hecho "alma viviente", Pablo cita el texto del Génesis según el cual Adán fue hecho "alma viviente" gracias al "aliento de vida" que Dios "insufló en sus narices" (Gn 2, 7); después, Pablo sostiene que Jesucristo, como hombre resucitado, supera

a Adán, pues posee la plenitud del Espíritu Santo, que debe dar vida al hombre de un modo nuevo para así convertirlo en un ser espiritual. El hecho de que el nuevo Adán haya llegado a ser "espíritu que da vida" no significa que se identifique como persona con el Espíritu Santo que 'da la vida' (divina), sino que, al poseer como hombre la plenitud de este Espíritu, lo da a los Apóstoles, a la Iglesia y a la humanidad. Es "espíritu que da vida" por medio de su muerte y de su resurrección, es decir, por medio del sacrificio ofrecido en la cruz.

3. El texto del Apóstol forma parte de la instrucción de Pablo sobre el destino del cuerpo humano, del que es principio vital el alma (*psyche* en griego, *refesh* en hebreo: cf. Gn 2, 7). Es un principio natural; en el momento de la muerte el cuerpo aparece abandonado por él. Ante el hecho de la muerte se plantea, como problema de existencia antes que de reflexión filosófica, el interrogante sobre la inmortalidad.

Según el Apóstol, la resurrección de Cristo responde a este interrogante con una certeza de fe. El cuerpo de Cristo, colmado de Espíritu Santo en la resurrección, es la fuente de la nueva vida de los cuerpos resucitados: "Se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual" (1 Co 15, 44). El cuerpo "natural" (es decir, animado por la *psyché*) está destinado a desaparecer para dejar lugar al cuerpo "espiritual", animado por el *pneuma*, el Espíritu, que es principio de vida nueva ya durante la actual vida mortal (cf. Rm 1, 9; 5, 5), pero alcanzará su plena eficacia después de la muerte. Entonces será autor de la resurrección del "cuerpo natural" en toda la realidad del "cuerpo pneumatizado" mediante la unión con Cristo resucitado (cf. Rm 1, 4; 8, 11), hombre celeste y "Espíritu que da vida" (1 Co 15, 45-49).

La futura resurrección de los cuerpos está, por tanto, vinculada a su espiritualización a semejanza del cuerpo de Cristo, vivificado por el poder del Espíritu Santo. Esta es la respuesta del Apóstol al interrogante que él mismo se plantea: "¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida?" (1 Co 15, 35). "¡Necio! —exclama Pablo—. Lo que tú siembras no revive si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de trigo por ejemplo o de alguna otra planta. Y Dios le da un cuerpo a su voluntad. . . Así también en la resurrección de los muertos: . . . se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual" (1 Co 15, 36-44).

4. Por tanto, según el Apóstol, la vida en Cristo es al mismo tiempo la vida en el Espíritu Santo: "Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece (a Cristo)" (Rm 8, 9). La verdadera libertad se halla en Cristo y en su Espíritu, "porque la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte" (Rm 8, 2). La santificación en Cristo es al mismo tiempo la santificación en el Espíritu Santo (cf. por ejemplo 1 Co 1, 2; Rm 15, 16). Si Cristo "intercede por nosotros" (Rm 8, 34), entonces también el Espíritu Santo "intercede por nosotros con gemidos inefables. . . Intercede a favor de los santos según Dios" (Rm 8, 26-27).

Como se puede deducir de estos textos paulinos, el Espíritu Santo, que ha actuado en la resurrección de Cristo, ya infunde en el cristiano la nueva vida, en la perspectiva escatológica de la futura resurrección. Existe una continuidad entre la resurrección de Cristo, la vida nueva del cristiano liberado del pecado y hecho partícipe del misterio pascual, y la futura reconstrucción de la unidad de cuerpo y al-

ma en la resurrección tras la muerte: el autor de todo el desarrollo de la vida nueva en Cristo es el Espíritu Santo.

5. Se puede decir que la misión de Cristo alcanza realmente su culmen en el misterio pascual, donde la estrecha relación entre la cristología y la pneumatología se abre, ante la mirada del creyente y ante la investigación del teólogo, al horizonte escatológico. Pero esta perspectiva incluye también el plano eclesiológico: porque "la Iglesia anuncia. . . al que da la vida: el Espíritu vivificante; lo anuncia y coopera con él en dar la vida. En efecto, 'aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia' (Rm 8, 10) realizada por Cristo crucificado y resucitado. Y en nombre de la resurrección de Cristo, la Iglesia sirve a la vida que proviene de Dios mismo, en íntima unión y humilde servicio al Espíritu" (*Dominum et vivificantem*, 58).

6. En el centro de este servicio se encuentra la Eucaristía. Este sacramento, en el que continúa y se renueva sin cesar el don redentor de Cristo, contiene al mismo tiempo el poder vivificante del Espíritu Santo. La Eucaristía es, por tanto, el sacramento en el que el Espíritu sigue obrando y "revelándose" como principio vital del hombre en el tiempo y en la eternidad. Es fuente de luz para la inteligencia y de fuerza para la conducta, según la palabra de Jesús en Cafarnaüm: "El Espíritu es el que da vida. . . Las palabras que os he dicho (acerca del 'pan bajado del cielo') son espíritu y vida" (Jn 6, 63).

## PEDAGOGIA DE LA REVELACION SOBRE LA PERSONA DEL ESPIRITU SANTO

1. HASTA AHORA HEMOS dedicado una serie de catequesis a la acción del Espíritu Santo, considerándola en primer lugar a la luz del Antiguo Testamento y luego en los diversos momentos de la vida de Cristo. Ahora pasamos a examinar el misterio de la Persona misma del Espíritu Santo, que vive en comunión con el Padre y con el Hijo en la unidad de la Trinidad divina. Estamos en la fase más alta de la que hemos llamado en numerosas ocasiones la *autorevelación de Dios*: es decir, la manifestación de su misma esencia íntima y de su plan, hecha por el Dios que Jesús nos enseñó a reconocer e invo-

car como Padre. Este Dios infinitamente verdadero y bueno siempre ha usado una suerte de *pedagogía trascendente* para instruirnos y atraernos hacia él. Eso ha sucedido también en la revelación del Espíritu Santo.

2. Nos lo recuerda san Gregorio Nacianceno en un hermoso texto que explica el hilo conductor de la acción progresiva de Dios en la historia de la salvación, en relación con el misterio de la Trinidad de las divinas Personas en la unidad de la divina sustancia. "En efecto, —dice aquel gran Padre de la Iglesia— el Antiguo Testamento predicaba manifestamente al Pa-

dre y más oscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento manifestó al Hijo y sugirió la divinidad del Espíritu Santo. En la actualidad, el Espíritu habita en nosotros y se manifiesta más claramente. Pues, cuando la divinidad del Padre no se confesaba claramente, no era prudente predicar de forma abierta al Hijo, y tampoco era prudente, antes de que la divinidad del Hijo fuese reconocida, imponernos además —y lo digo con demasiada audacia— al Espíritu Santo” (*Orat XXXI, Theol. V, 26*; PG 36, 161). Por ello, según el Nacianceno, al hombre le resultaba difícil aceptar la revelación de Dios como uno en la naturaleza y trino en las personas, porque se trataba de algo demasiado elevado para los conceptos del entendimiento humano, tomados en su significado común; y, en efecto, ha resultado siempre difícil para muchísimos hombres, incluso sinceramente religiosos, como lo atestigua la historia del Judaísmo y del Islam.

3. En las catequesis precedentes hemos mostrado cómo ha tenido lugar este progreso pedagógico en la revelación divina; hemos visto que el *Antiguo Testamento* en muchos puntos y de muchas maneras habla del *Espíritu de Dios*, comenzando por el inicio del libro del Génesis (cf. Gn 1, 2). Pero siempre hemos hecho notar que se trataba de anuncios y presagios referentes más bien a la acción del Espíritu Santo en el hombre y en la historia, y no tanto a su Persona, al menos de modo explícito y directo. En el vasto espacio del Antiguo Testamento se puede hablar de descubrimiento, de prueba, de progresiva comprensión de la acción del Espíritu Santo, aunque siempre quede en la sombra la distinción de las personas en la unidad de Dios. Los textos, incluso los más antiguos, indican como provenientes del Espíritu de

Dios ciertos fenómenos que tienen lugar en el mundo físico y en el psicológico y espiritual; se trata del “alienato de Dios” que anima al universo desde el momento de la creación, o de una fuerza sobrehumana concedida a los personajes llamados a empresas especiales para la guía y la defensa del “pueblo de Dios”, como la fuerza física concedida a Sansón (cf. Jc 14, 6), la investidura de Gedeón (cf. Jc 6, 34), la victoria en lucha de Jefe con los amonitas (cf. Jc 11, 29). En otros casos hallamos que el Espíritu de Dios no sólo “reviste” sino también “arrebata” al hombre (Elías: cf. 1 R 18, 12), obra los transportes y los éxtasis proféticos, y concede la capacidad de interpretar los sueños (José en Egipto: cf. Gn 41, 38). En todos estos casos se trata de una acción de carácter inmediato y transitorio —que podríamos definir *carismática*— para el bien del pueblo de Dios.

4. Por otra parte, el mismo Antiguo Testamento nos presenta muchos casos de una acción constante llevada a cabo por el Espíritu de Dios que, según el lenguaje bíblico, “se posa sobre el hombre”, como sucede con Moisés, Josué, David, Elías y Eliseo. Sobre todo los profetas son los portadores del Espíritu de Dios. La conexión entre la palabra profética y el Espíritu de Dios ya se encuentra afirmada en la historia de Balaam (Nm 24, 2-3) y se acentúa en un episodio del primer libro de los Reyes (1 R 22, 24). Tras el exilio, Ezequiel se muestra plenamente consciente del origen de su inspiración: “El Espíritu de Yahveh irrumpió en mí y me dijo: Di...” (Ez 11, 5) y Zacarías recuerda que Dios había hablado a su pueblo “por su Espíritu, por ministerio de los antiguos profetas” (Zc 7, 12).

También en este período al Espí-

ritu de Dios y a su acción se le atribuyen sobre todos los efectos de naturaleza moral (así, por ejemplo, en los salmos 50 y 142, y en el libro de la Sabiduría). A su tiempo hicimos referencia a esos pasajes y los analizamos.

5. Pero los textos más significativos e importantes son los que los profetas han dedicado al *Espíritu del Señor* que debía posarse sobre el Mesías, sobre la comunidad mesiánica y sobre sus miembros, y sobre todo los textos de las profecías mesiánicas de Isaías: aquí se revela que el Espíritu del Señor se posará en primer lugar sobre el “retoño de Jesé”, descendiente y sucesor de David (Is 11, 1-2); luego, sobre el “Siervo del Señor” (Is 42, 1), que será “alianza del pueblo y luz de las gentes” (Is 42, 6); y finalmente sobre el evangelizador de los pobres (Is 61, 1; cf. Lc 4, 18).

Según las antiguas profecías, el Espíritu del Señor renovará también el rostro espiritual del “resto de Israel”, es decir, de la comunidad mesiánica que permaneció fiel a la vocación divina; así nos lo muestran los pasajes de Isaías (44, 3; 59, 21), Ezequiel (36, 27; 37, 14), Joel (3, 1-2) y Zacarías (12, 10).

6. De ese modo, el Antiguo Testamento, con sus abundantes referencias a la acción del Espíritu Santo de Dios, prepara la comprensión de cuanto dirá la revelación del Nuevo Testamento sobre el *Espíritu Santo como Persona* en su unidad con el Padre y con el Hijo. Todo se desarrolla sobre el hilo de la pedagogía divina que educa a los hombres para el conocimiento y el reconocimiento de los altos misterios: la Trinidad, la encarnación del Verbo y la venida del Espíritu Santo. En el Antiguo Testamento todo se había concentrado en la verdad del

monoteísmo, confiada a Israel, que debía defenderla continuamente frente a las tentaciones del politeísmo, procedentes de diversas partes.

7. En la Nueva Alianza llegamos a una nueva etapa: la mayor conciencia del valor de la persona con respecto al hombre creó un contexto en el que también la revelación del Espíritu Santo como *Persona* encuentra el terreno preparado. El *Espíritu Santo es Aquel que habita en el hombre* y que, al morar en él, lo santifica sobre todo con el poder del amor que es *El mismo*. De este modo la revelación del Espíritu-Persona desvela también la profundidad interior del hombre. Y, por medio de esta exploración más profunda del espíritu humano, nos hacemos más conscientes de que el *Espíritu Santo se convierte en fuente de la comunión* del hombre con Dios, y también de la “comunión” interpersonal entre los hombres. Esta es la síntesis de la nueva revelación de la Persona del Espíritu Santo, sobre la que reflexionaremos en las próximas catequesis.

## LA REVELACION DEL ESPIRITU SANTO COMO PERSONA

1. DESPUES DE SU RESURRECCION, Jesús se apareció a los once Apóstoles y les dijo: "Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28, 19). El Apóstol y evangelista Mateo es quien, al final de su evangelio, refiere esta orden con que Jesucristo envía a los Apóstoles por todo el mundo para que sean sus testigos y continúen su obra de salvación. A esas palabras corresponde nuestra antiquísima tradición cristiana, según la cual el bautismo se suele administrar en el nombre de la Santísima Trinidad. Pero en el texto de Mateo se halla contenido también el que podemos considerar como último testimonio de la revelación de la verdad trinitaria, que comprende la manifestación del Espíritu Santo como Persona igual al Padre y al Hijo, consustancial a ellos en la unidad de la divinidad.

Esta revelación pertenece al Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento el Espíritu de Dios, en los diversos modos de acción que hemos ilustrado en las catequesis anteriores, era la manifestación del poder, de la sabiduría y de la santidad de Dios. En el Nuevo Testamento se pasa claramente a la revelación del Espíritu Santo como Persona.

2. En efecto, la expresión evangélica de Mateo (28, 19) revela claramente al Espíritu Santo como Persona, porque lo nombra junto a las otras dos Personas de modo idéntico, sin sugerir ninguna diferencia al respecto: "el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo". Del evangelio de Mateo resulta evidente que el Padre y el Hijo son dos Personas distintas: "el Padre" es aquel a quien Jesús llama "mi Padre celestial" (Mt 15, 13; 16, 17; 18, 35); "el Hijo" es Jesús mismo, designado así por una voz venida del cielo en el momento de su bautismo (Mt 3, 17) y de su transfiguración (Mt 17, 5), y reconocido por Simón Pedro como "el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16). A estas dos Personas divinas es ahora asociado, de modo idéntico, "el Espíritu Santo". Esta asociación se hace aún más estrecha por el hecho de que la frase habla del nombre de los Tres, ordenando bautizar a todas las gentes "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". En la Biblia la expresión "en el nombre de" normalmente sólo se usa para referirse a personas. Además, es notable el hecho de que la frase evangélica use el término "nombre" en singular, a pesar de mencionar a varias personas. De todo ello se deduce, de modo inequívoco, que el Espíritu Santo es una tercera Persona divina, estrechamente asociada al Padre y al Hijo, en la unidad de un solo "nombre" divino.

El bautismo cristiano nos coloca en relación personal con las tres Personas divinas, introduciéndonos así en la intimidad de Dios. Y, cada vez que hacemos el signo de la cruz, repetimos la expresión evangélica para renovar nuestra relación con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

Reconocer al Espíritu Santo como Persona es una condición esencial para la vida cristiana de fe y de caridad.

3. La palabra de Cristo resucitado acerca del bautismo (Mt 28, 19) no carece de preparación en el evangelio de Mateo, pues está en relación con el relato del bautismo de Jesús mismo, donde se nos presenta una teofanía trinitaria: Mateo nos re-

fiere que, cuando Jesús salió del agua, "se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: 'Este es mi Hijo amado, en quien me complazco'" (Mt 3, 16-17). Los otros dos evangelios sinópticos narran la escena de la misma manera (Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22). En ella hallamos una revelación de las tres Personas divinas: la persona de Jesús está indicada con la calificación de Hijo; la persona del Padre se manifiesta por medio de la voz que dice: "Este es mi Hijo amado"; y la persona del Espíritu de Dios aparece diferente del Padre y del Hijo, y en relación con el uno y el otro; con el Padre celeste, porque el Espíritu desciende de los cielos; y con el Hijo, porque viene sobre él. Si en una primera lectura esta interpretación no cobra toda la fuerza de la evidencia, la confrontación con la frase final del evangelio (Mt 28, 19) garantiza su solidez.

4. La luz que nos proporciona la frase final de Mateo nos permite descubrir también en otros textos al Espíritu Santo como Persona. La revelación del Espíritu Santo en su relación con el Padre y con el Hijo se puede ver también en el relato de la anunciación (Lc 1, 26-38).

Según la narración de Lucas, el ángel Gabriel, enviado por Dios a una virgen que llevaba por nombre María, le anunció la voluntad del Padre eterno con las siguientes palabras: "Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo" (Lc 1, 31-32). Y, cuando María preguntó cómo se realizaría eso en su condición virginal, el ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 34-35).

De por sí, este texto no dice que el Espíritu Santo sea una Persona; sólo muestra que es un ser de algún modo distinto del Altísimo, es decir, de Dios Padre, y del Hijo del Altísimo, pero leído, como hacemos espontáneamente, a la luz de la fe "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28, 19), nos revela la unión de las tres Personas divinas en la realización del misterio que se llama Encarnación del Verbo. La Persona del Espíritu Santo contribuyó a esta realización según el designio del Padre, plenamente aceptado por el Hijo. Por obra del Espíritu Santo, el Hijo de Dios, consustancial al Padre eterno, fue concebido como hombre y nació de la Virgen María. En las catequesis precedentes ya hemos hablado de este misterio, que es a la vez cristológico-pneumatológico. Baste aquí poner de relieve que en el acontecimiento de la anunciación se manifiesta el misterio trinitario y, en particular, la Persona del Espíritu Santo.

5. En este punto podemos subrayar también un reflejo de este misterio en la antropología cristiana. En efecto, existe un vínculo entre el nacimiento del Hijo eterno de Dios en la naturaleza humana y el "renacer" de los hijos en el género humano por la adopción divina mediante la gracia. Este vínculo pertenece a la economía de la salvación. Con vistas a él, en la economía sacramental, fue instituido el bautismo.

Por consiguiente, la revelación del Espíritu Santo como Persona subsistente en la unidad trinitaria de la divinidad es puesta de relieve de modo especial en el misterio de la Encarnación del Hijo eterno de Dios y en el misterio de la "adopción" divina de los hijos del género humano. Y en este misterio halla su constante cumplimiento el anuncio de Juan con respecto a Cristo, en el Jordán: "El os bautizará en Espíritu Santo" (Mt 3, 11). Esta "adopción" sobrenatural se realiza en el orden sacramental precisamente mediante el bautismo "de agua y de Espíritu" (Jn 3, 5).

## LA ACCIÓN DE LA PERSONA DEL ESPÍRITU SANTO SEGUN LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

1. EN EL NUEVO Testamento, el Espíritu Santo se da a conocer como *Persona* subsistente con el Padre y el Hijo en la unidad trinitaria, mediante la acción que le atribuyen los autores inspirados. No siempre se podrá pasar de la acción a una "propiedad" de la Persona en sentido rigurosamente teológico; pero para nuestra catequesis es suficiente descubrir lo que el Espíritu Santo es en la realidad divina mediante los hechos de los que es protagonista, según el Nuevo Testamento. Por lo demás, éste es el caso que siguieron los Padres y Doctores de la Iglesia (cf. santo Tomás, *ma Theologica*, I, q. 30, aa. 7-8).

2. En esta catequesis nos limitamos a recordar algunos textos de los sinópticos. Posteriormente recurriremos también a los otros libros del Nuevo Testamento.

Hemos visto que en la narración de la anunciación el Espíritu Santo se manifiesta como *Aquel* que obra: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti —dice el ángel a María— y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1, 35). Así, pues, podemos reconocer que el Espíritu Santo es principio de acción, especialmente en la Encarnación. Precisamente porque es el eterno Amor (propiedad de la Tercera Persona), se atribuye a él el poder de la acción: una potencia de amor.

Los primeros capítulos del Evangelio de Lucas hablan varias veces de la acción del Espíritu Santo en las personas íntimamente vinculadas con el misterio de la Encarnación. Así, en *Isabel*, que con ocasión de la visita de María quedó llena de Espí-

ritu Santo y saludó a su bendita pariente bajo la inspiración divina (cf. Lc 1, 41-45). Así, aún más, en el *santo anciano Simeón*, al que el Espíritu Santo se había manifestado de modo personal, anunciándole de antemano que vería al "Mesías del Señor" antes de morir (Lc 2, 26). Bajo la inspiración y la moción del Espíritu Santo él toma al Niño en sus brazos y pronuncia aquellas palabras proféticas que encierran en una síntesis tan densa y conmovedora toda la misión redentora del Hijo de María (cf. Lc 2, 27 ss.). La *Virgen María*, más que cualquier otra persona, se halló bajo el influjo del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 35), el cual le dio ciertamente la íntima percepción del misterio y el impulso del alma para aceptar su misión y para el canto de gozo en la contemplación del plan providencial de la salvación (cf. Lc 1, 26 ss.).

3. En estos santos personajes se delinea como un paradigma de la acción del Espíritu Santo, Amor omnipotente que da luz, fuerza, consuelo, impulso operativo. Pero el paradigma es aún más visible en la vida del mismo Jesús, que se desarrolla toda bajo el impulso y la dirección del Espíritu, realizando en sí la profecía de Isaías sobre la misión del Mesías. "El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos" (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1). Sabemos que Jesús leyó en alta voz estas palabras proféticas en la *sinagoga de Nazaret* y

afirmó que desde aquel momento se realizaban en él (cf. Lc 4, 21).

En realidad las acciones y las palabras de Jesús eran la realización de la misión mesiánica en la que actuaba, según el anuncio del profeta, el Espíritu del Señor. *La acción del Espíritu Santo estaba escondida en todo el desarrollo de esta misión*, realizada por Jesús de modo visible, público, histórico; por ello ésta testimoniaba y revelaba, según las declaraciones de Jesús a los evangelistas y a los otros autores sagrados, también la obra y la persona del Espíritu Santo.

4. A veces los evangelistas subrayan de modo especial la presencia activa del Espíritu Santo en Cristo. Por ejemplo, cuando hablan del ayuno y de la tentación de Cristo: "Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo" (Mt 4, 1; cf. Mc 1, 12). La expresión utilizada por el evangelista presenta al Espíritu como una Persona que guía a otra. El relieve que los evangelistas dan a la acción del Espíritu Santo en Cristo significa que su misión mesiánica, estando encaminada a vencer el mal, comporta desde el comienzo la lucha con aquel que es "mentiroso y padre de la mentira" (Jn 8, 44): el espíritu de rechazo del reino de Dios. *La victoria de Cristo sobre Satanás* al comienzo de la actividad mesiánica es el preludio y el anuncio de su victoria definitiva en la cruz y en la resurrección.

Jesús mismo atribuye esta victoria al Espíritu Santo en cada etapa de su misión mesiánica: "Por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios" afirma (Mt 12, 28). En esta lucha y en esta victoria de Cristo se manifiesta, pues, el poder del Espíritu, que es su íntimo autor e incansable realizador. Por esto Jesús advierte con tanto vigor a sus oyentes sobre el pecado que él mismo llama "la blasfemia contra el Espíritu

Santo" (Mt 12, 31-32; cf. Mc 3, 29; Lc 12, 10). También aquí las expresiones utilizadas por el evangelista presentan al Espíritu como Persona. Efectivamente, se establece una confrontación entre quien habla contra la persona del Hijo del hombre y quien habla contra la persona del Espíritu Santo (Mt 12, 32, Lc 12, 10) y se afirma que la ofensa hecha al Espíritu es más grave. "Blasfemar contra el Espíritu Santo" quiere decir *ponerse de la parte del espíritu de las tinieblas*, de forma que el hombre se cierra interiormente a la acción santificadora del Espíritu de Dios. He aquí por qué Jesús declara que ese pecado no puede ser perdonado "ni en este mundo ni en el otro" (Mt 12, 32). El rechazo interior del Espíritu Santo es el rechazo de la fuente misma de la vida y de la santidad. Entonces el hombre se excluye por sí solo y libremente del ámbito de la acción salvífica de Dios.

La advertencia de Jesús sobre el pecado contra el Espíritu Santo incluye al menos implícitamente otra revelación de la Persona y de la acción santificadora de esta Persona de la Trinidad, protagonista en la lucha contra el espíritu del mal y en la victoria del bien.

5. También según los sinópticos, *la acción del Espíritu Santo es la fuente del gozo interior más profundo*. Jesús mismo experimentó esta especial "alegría en el Espíritu Santo" cuando pronunció las palabras: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito" (Lc 10, 21; cf. Mt 11, 25-26). En el texto de Lucas y Mateo siguen las palabras de Jesús sobre el conocimiento del Padre por parte del Hijo y del Hijo por parte del Padre: conocimiento que comu-

nica el Hijo precisamente a los "pequeños".

Es, pues, el *Espíritu Santo* el que da también a los discípulos de Jesús no sólo el poder de la victoria sobre el mal, sobre "los espíritus malignos" (Lc 10, 17), sino también el gozo sobrenatural del descubrimiento de Dios y de la vida en El mediante su Hijo.

6. La revelación del Espíritu Santo mediante el poder de la acción que llena toda la misión de Cristo acompañará también a los Apóstoles y a los discípulos en la obra que desarrollarán por mandato divino. Se lo anuncia Jesús mismo: "Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra" (Hch 1, 8). Aun cuando en el camino de este testimonio hallen persecuciones, cárceles, interrogatorios en tribunales, Jesús asegura: "Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros"

(Mt 10, 19-20; cf. Mc 13, 11). Hablan las personas; una fuerza impersonal puede mover, empujar, destruir, pero no puede hablar. El Espíritu, en cambio, habla. El es el inspirador y el consolador en las horas difíciles de los Apóstoles y de la Iglesia: otra calificación de su acción, otra luz encendida en el misterio de su Persona.

7. Así, pues, podemos afirmar que en los sinópticos el Espíritu Santo se manifiesta como *Persona que actúa en toda la misión de Cristo*, y que en la vida y en la historia de los seguidores de Cristo libra del mal, da la fuerza en la lucha con el espíritu de las tinieblas, prodiga el gozo sobrenatural del conocimiento de Dios y del testimonio de El incluso en las tribulaciones. *Una persona que actúa con poder divino* ante todo en la misión mesiánica de Jesús, y luego en la atracción de los hombres hacia Cristo y en la dirección de los que están llamados a tomar parte en su misión salvífica.

### LA ACCIÓN PERSONAL DEL ESPÍRITU SANTO SEGUN LA DOCTRINA DE SAN PABLO

1. ES BIEN CONOCIDO el deseo con el que san Pablo concluye la segunda carta a los Corintios: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios (Padre) y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (2 Co 13, 13). Es el deseo que la liturgia pone en boca del sacerdote celebrante al comienzo de la misa. Con este texto de evidente significado trinitario, nos introducimos en el examen de lo que las Cartas del apóstol Pablo nos dicen sobre el Espíritu Santo como *Persona* en la unidad trinitaria del Padre y del Hijo. El texto de la carta a los Corintios parece provenir del lenguaje de las primeras comunidades cristianas y quizá de la liturgia de sus asambleas. Con esas palabras el Apóstol expresa la unidad trinitaria partiendo de Cristo, el cual como artífice de la gracia salvífica revela a la humanidad el amor de Dios Padre y lo participa a los creyentes en la comunión del Espíritu Santo. Así resulta que según san Pablo el *Espíritu Santo es la Persona que actúa la comunión del hombre -y de la Iglesia- con Dios*.

La fórmula paulina habla claramente de Dios Uno y Trino, incluso en términos distintos de los de la fórmula bautismal que refiere Mateo: "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28, 19). Esa nos hace conocer al Espíritu Santo como era presentado en la doctrina de los Apóstoles y concebido en la vida de las comunidades cristianas.

2. Otro texto de san Pablo toma como base de la enseñanza sobre el Espíritu Santo la riqueza de los carismas derramados con variedad y unidad de ordenamiento en las comunidades: "*Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo: diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos*" (1 Co 12, 4-6). El Apóstol atribuye al Espíritu Santo los dones de la gracia (carismas); al Hijo —como al Señor de la Iglesia— los ministerios (*ministeria*); al Padre-Dios, que es el artífice de todo en todos, las "operaciones".

Es muy significativo el paralelismo manifestado en este pasaje entre el Espíritu, el Señor Jesús y Dios Padre. Ello indica que también al Espíritu se le reconoce como *Persona divina*. No sería coherente poner en paralelismo tan íntimo a dos Personas, la del Padre y la del Hijo, con una fuerza impersonal. Es igualmente significativo que se le atribuya al Espíritu Santo de modo particular la gratuidad de los carismas y de todo don divino al hombre y a la Iglesia.

3. Esto queda afirmado ulteriormente en el contexto inmediato de la primera carta a los Corintios: "Todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad" (1 Co 12, 11). El Espíritu Santo se manifiesta, pues, como un libre y "espontáneo" Dador del bien en el orden de los carismas y de la gracia; como una *Persona divina* que elige y beneficia a los destinatarios de los diversos dones: "A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu" (1 Co 12, 8-9). Y también: "a otro, carismas de curaciones...; profecía...; discernimiento de espíritus...; diversidad de lenguas...; don de interpretación" (ib 12, 9-10); "A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (1 Co 12, 7). Así, pues, del Espíritu Santo proviene la multiplicidad de dones, como también su unidad, su coexistencia. Todo ello indica al Espíritu Santo como una *Persona subsistente y operante en la unidad divina*: en la comunión del Hijo con el Padre.

4. También otros pasajes de las cartas paulinas expresan la misma verdad del Espíritu Santo como *Persona* en la unidad trinitaria, partiendo de la economía de la salvación. "Nosotros, en cambio, debemos dar gracias en todo tiempo por vosotros... porque Dios os ha escogido desde el principio para la salvación mediante la acción santificadora del Espíritu y la fe en la verdad... para que consigáis la gloria de nuestro Señor Jesucristo": así escribe el Apóstol en la segunda carta a los Tesalonicenses (2 Ts 2, 13-14), para indicarles el fin del Evangelio que él anuncia. Y a los corintios: "Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co 6, 11).

Según el Apóstol, el Padre es el principio primero de la santificación, que confiere el Espíritu Santo a quien cree "en el nombre" de Cristo. La santificación en la intimidad del hombre proviene, pues, del Espíritu Santo, persona que vive y opera en unidad con el Padre y con el Hijo.

En otro lugar el Apóstol expresa el mismo concepto de modo sugestivo: "Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones" (2 Co 1, 21-22). Las palabras "en nuestros corazones" indican la intimidad de la acción santificadora del Espíritu Santo.

La misma verdad se halla de forma más desarrollada todavía en la *carta a los Efesios*: "Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo" (Ef 1, 3). Y poco después el autor dice a los creyentes: "*Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia*" (Ef 1, 13-14).

5. Otra magnífica expresión del pensamiento y de los propósitos de san Pablo es el de la *carta a los Romanos*, donde escribe que la finalidad de su ministerio evangélico es que "*la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo*" (Rm 15, 16). Por este servicio pide a los destinatarios de la *carta* la oración a Dios, y lo hace por Cristo y por "el amor del Espíritu Santo" (Rm 15, 30). El "amor" es un atributo especial del Espíritu Santo (cf. Rm 5, 5), así como la "comunión" (cf. 2 Co 13, 13). De este amor procede la santidad, que hace grata la oblación. Y ésta es, pues, también una obra del Espíritu Santo.

6. Según la *carta a los Gálatas*, el Espíritu Santo transmite a los hombres el de la adopción de hijos de Dios, estimulándoles a la oración propia del Hijo. "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!" (Ga 4, 6). El Espíritu "clama" y se manifiesta así como una persona que se expresa con gran intensidad. El hace resonar en los corazones de los cristianos la oración que Jesús mismo dirigía al Padre (cf. Mc 14, 36) con amor filial. El Espíritu Santo es Aquel que hace hijos adoptivos y da la capacidad de la oración filial.

7. La doctrina de san Pablo sobre este punto es tan rica que será necesario volver sobre ella en la próxima catequesis. Por ahora podemos concluir que también en las *cartas paulinas* el Espíritu Santo aparece como una Persona divina viviente en la unidad trinitaria con el Padre y con el Hijo. El Apóstol le atribuye de modo particular la obra de la santificación. El es el directo autor de la santidad de las almas. El es la Fuente del amor y de la oración, en la cual se expresa el don de la divina "adopción" del hombre, su presencia en las almas es la prenda y el comienzo de la vida eterna.

## LA ACCIÓN PERSONAL DEL ESPÍRITU SANTO SEGUN LAS CARTAS DE SAN PABLO

1. HEMOS VISTO EN la catequesis anterior que la revelación del Espíritu Santo como Persona en la unidad trinitaria con el Padre y el Hijo encuentra en los escritos paulinos expresiones muy bellas y sugestivas. En la catequesis de hoy seguiremos sacando de las *cartas* de san Pablo otras variaciones sobre este único motivo fundamental, que vuelve con frecuencia a los textos del Apóstol, penetrados de una fe viva y vivificante en la acción del Espíritu Santo y en las propiedades de su Persona, que se ponen de manifiesto mediante su acción.

2. Una de las expresiones más elevadas y atrayentes de esta fe, que en la pluma de san Pablo se transforma en comunicación a la Iglesia de una verdad revelada, es la de la "*inhabitación*" del Espíritu Santo en los creyentes, que son su templo, "¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (1 Co 3, 16). "Habitar" se aplica normalmente a las personas. Aquí se trata de la "inhabitación" de una persona divina en personas humanas. Es un hecho de naturaleza espiritual, un misterio de gracia y de amor eterno, que precisamente por esto se atribuye al Espíritu Santo. Esa inhabitación interior ejerce influjo sobre todo el hombre, tal como es en concreto y en la totalidad de su ser, que el Apóstol en varias ocasiones denomina "cuerpo". De hecho, un poco más adelante del pasaje citado, parece apremiar a los destinatarios de su *carta* con la misma pregunta: "¿O no sabéis que vuestro cuerpo es

santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis?" (1 Co 6, 19). En este texto, la referencia al "cuerpo" manifiesta muy bien el concepto paulino de acción del Espíritu Santo en todo el hombre.

Así se explica y se entiende mejor aquel texto de la *carta a los Romanos* sobre la "vida según el Espíritu" que dice: "*Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu* ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros" (Rm 8, 9). "Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rm 8, 11).

Por consiguiente, la irradiación de la inhabitación divina en el hombre se extiende a todo su ser, a toda su vida, que se coloca en todos sus elementos constitutivos y en todas sus explicaciones operativas bajo la acción del Espíritu Santo: del Espíritu del Padre y del Hijo, y por lo tanto también de Cristo, Verbo encarnado. Este Espíritu, vivo en la Trinidad, está presente en virtud de la redención obrada por Cristo en todo el hombre que se deja "habitar" por El, en toda la humanidad que lo reconoce y lo acoge.

3. Otra propiedad atribuida por san Pablo a la persona del Espíritu Santo es el "*sondear*" todo, como escribe a los Corintios: "El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de